

1863-X

UN NOBLE ARRUINADO.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCES.

CADIZ: 1863.

*Imprenta de EL CONSTITUCIONAL, á cargo de
D. Ramon Macias, Puerto, 8.*

UN NOBLE

ARRIVANDO

QUINTA TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.

PARIS: 1833.

Impreso en el Constitucional, a cargo de
D. Ramón Roca, Puerto, 8.

UN NOBLE ARRUINADO.

Hacia el fin del mes de Julio del año de 1842 una carretela descubierta rodaba por una de las grandes calzadas que conducen desde el exterior á los muros de la ciudad de Amberes: aunque esta carretela hubiera sido recientemente charolada no podia ocultar las muestras evidentes de un completo deterioro. La caja gastada por un largo uso se desvencijaba á cada vaiven, rechinando como los huesos de un esqueleto: la capota medio caída relucia al sol gracias al aceite que la habia barnizado, sin que á pesar de él dejasen de advertirse las numerosas grietas que desquebrajaban el cuero: las llaves y los pasadores brillaban de limpios porque el plateado primitivo apenas dejaba ver algun vestigio de que existió; todo, en fin, en aquel carruage atestiguaba una antigua opulencia muy amenguada, si no completamente perdida.

Conducia el único caballo que tiraba del carruage un aldeano como de diez y siete á

diez y ocho años, y aunque llevaba lujoso uniforme galoneado de oro, su sombrero que le entraba hasta las orejas y su leviton que bajaba hasta los pies, denotaban que aquel traje habia sido hecho para alguno de sus antecesores: era sin duda una propiedad del dueño que iba dejando en sufructo al criado que tomaba.

La única persona que ocupaba el carruaje era un hombre como de cincuenta años, y nadie al verle podia dudar que fuese el dueño de aquel tren, porque toda su persona inspiraba consideracion y respeto.

Con la frente inclinada, sumida en profunda meditacion, permanecia inmóvil mientras que el rumor de otro carruaje se cruzaba con el suyo no le arrancaba de su distraccion; entonces levantaba la cabeza, su mirada tomaba la serena dulzura del hombre dichoso, y despues de cambiar un saludo afectuoso con el que pasaba, volvía su frente á cubrirse de sombría tristeza.

Un solo instante de contemplacion bastaba para sentirse arrastrado hácia este hombre por misteriosa simpatia, y es que su rostro, aunque surcado por numerosas arrugas, era tan digno, tan noble, su mirada tan dulce y tan profunda, su frente tan pura y repetable, que no habia duda de que aquel hombre reusaba á la nobleza de la cuna, la nobleza del corazon.

Todo parecia indicar que habia sufrido mucho: si la espresion de su fisonomia no bastaba á atestiguarlo, sus cabellos emblanquecidos

Conducía el único caballo que tiraba del carruaje un albaño como de diez y siete á diez y ocho años, y se le veía en el

antes de tiempo, lo demostraban bien claramente.

Su traje correspondía al exterior de quien le llevaba, y tenía ese sello de buen gusto unido á la sencillez que denotan al punto el buen trato y la escogida sociedad en que se ha vivido. De vez en cuando sacaba del bolsillo una rica caja de oro y tomaba un polvo de rapé con ese aspecto medurado y digno, propio solo de las gentes de alta clase.

Cierto es que una mirada escudriñadora no hubiera dejado de observar que el paño de su levita había perdido su pelo á fuerza de limpiarse, y que la felpa de su sombrero estaba cuidadosamente estendida sobre los deterioros causados en él por el tiempo.

El carruaje que abanzaba al paso, seguía la calzada hacia dos horas, cuando el cochero detuvo el caballo á la puerta de una posada, situada junto á los muros de la ciudad de Amberes. Salieron al punto el mozo y el ama de la casa, y ayudaron á desenganchar el caballo, dando muestras de respeto y consideración al dueño del carruaje: era sin duda concurrente habitual, porque le hablaban por su nombre.

—Hermoso tiempo, Mr. de Ulierbecke, aunque casi hace demasiado calor. Si flotiera un poco lo agradecerían los labradores; verdad, Mr. de Ulierbecke? Es preciso que demos avena fresca al caballo? Y vos teneis necesidad de alguna cosa?

Mientras la posadera le hacía con volubilidad todas estas preguntas, Mr. de Ulierbecke ba-

—El señor notario está en casa?

jaba del carruaje. Dirigió á la huéspedá palabras corteses respecto á su salud, se informó de la de la familia, y terminó diciendo que nada queria, porque debia entrar en la poblacion inmediatamente. Despues de dar á sus criados algunas órdenes, saludó con afabilidad y se dirigió á pié á la ciudad, no sin pasar antes revista á su traje y quitar de él algun fragmento de polvo que pudiera llevar.

Al entrar en la ciudad donde iba á encontrar á su paso numerosos transeuntes, irguió su cabeza y revistió su rostro de una espresion satisfecha, aunque su alma estaba mas que nunca abatida por el paso que iba á dar: caminaba á una humillacion y esta sola idea oprimia su corazon; pero habia un ser en el mundo á quien amaba mas que á su vida, mas que á su dignidad y por quien iba á someterse á aquella humillacion: aquel ser era su hijo! Por ella sacrificaba su orgullo, por ella sufria como un mártir! Sus sufrimientos por tan santa causa le ennoblecian, le realzaban á sus propios ojos!

No obstante, á medida que avanzaba en su camino, la sangre se precipitaba en sus venas y de su corazon refluia á su garganta, viéndose obligado á detenerse á cada instante para respirar.

Llegó por fin á la puerta de la casa á donde se dirigia, y en ella á pesar del dominio que ejercia sobre sí mismo, su mano tembló al asir el cordon de la campanilla.

—El señor notario está en casa? preguntó

al criado que salió á abrirle la puerta.

El criado le respondió afirmativamente y le introdujo en un saloncito donde le dejó para ir á avisar á su señor. Solo Mr. de Ulierbecke, dirigió una última mirada á su vestido, sacó su caja de oro de rapé y tomó un polvo con la dignidad que le caracterizaba.

El ñotario entró: su aire parecia lleno de solicitud y aun se disponia á hacer un saludo ceremonioso, cuando al apercibir la persona que le aguardaba, su fisonomia cambió de repente y saludó al noble con un aire lleno de reserva y frialdad.

Herido en su amor propio Mr. de Ulierbecke portan glacial acogida, palideció ligeramente; pero repuesto al punto, repuso con acento humilde.

—Dispensad si obligado por una necesidad muy urgente vengo de nuevo á solicitar de vos un pequeño servicio.

—Qué deseais de mí? añadió el escribano con reserva.

—Desearia que me proporcionárais 1,000 francos aun, hipotecados sobre mis propiedades: sin embargo, como un asunto asi no es del momento, todavia os ruego á vos que me presteis ahora mismo 200 francos, que necesito en esta misma mañana. Creo que no me negareis este favor que debe sacarme de un grave compromiso.

—Mil francos hipotecados! murmuró el notario. Y qué vale la renta! Vuestros bienes están ya empeñados por mas de su valor.

—Esó no es exacto, exclamó Mr. Ulierbeke con acento mas bien de amargura que de enojo.

—Exactísimo: por órden de vuestros acreedores sabeis que se ha hecho tasación de vuestros bienes y resulta que no cobrarán el total sino en el caso de una venta en extremo ventajosa. Estas son las consecuencias de vuestra locura! Sacrificar su fortuna, el porvenir de sus hijos, por salvar un ingrato!

Mr. de Ulierhecke, afligido con este recuerdo, inclinó la frente y no contestó; el ingrato de quien se trataba era su hermano!

—Por esa imprudente accion, vivís poco menos que en la miseria vos y vuestra hija. Inútil es ya que trateis de disimular! Durante diez años habeis podido á costa de privaciones y sacrificios ocultar á todo el mundo vuestra ruina, pero ya se acerca el instante en que os vereis obligado á vender vuestras propiedades.

El noble fijó en el notario una mirada dolorosa.

—No hay otro remedio, prosiguió el notario. El principal de vuestros acreedores ha muerto en su último viaje, y sus herederos no tendrán con vos la consideracion que el difunto tenia. Si él era vuestro amigo sus herederos no... hace diez años que descuidais ir aminorando esta deuda y ya se acerca el dia de que esto termine. Cuatro meses os resta del plazo...

—Cuatro meses! dijo el noble respirando. Quien sabe lo que sucederá en ellos! y entonces...

—Entonces vuestros bienes serán vendidos por la ley. Comprendo que la perspectiva no es lisonjera, pero pues que estais colocado ante un mal que nada puede conjurar no os resta mas que prepararos para recibir con valor el golpe que os amenaza. En mi concepto debiais confiarme por completo el asunto, partir de aqui y evitaros el espectáculo de una espiacion forzada.

Durante algunos segundos Mr. Ulrierbecke parecia anonadado bajo el peso de las palabras del notario. Pero cuando este le propuso casi una desaparicion, una fuga, repuso con nebliza:

—Vuestro consejo es generoso sin duda, pero no le seguiré. Sabeis que todos mis sacrificios, todos mis dolores, no tienen mas objeto que asegurar la suerte de mi única hija; vos mejor que nadie sabeis que todas mis acciones no reconocen mas que este santo fin. Pues bien, he llegado á creer que Dios va á escuchar mis súplicas y á otorgarme lo que ha tiempo le pido en mis oraciones: mi hija se ve hoy solicitada por un jóven rico y de nobles y elevados sentimientos; su familia parece no oponer repugnancia á este enlace... Cuatro meses! Poco tiempo es á la verdad; pero quereis que con un viaje anticipado destruya tan bellas esperanzas? Debo yo publicar antes de tiempo mi ruina, cuando quizá de ese secreto depende la felicidad de mi hija?

—Quereis, pues, sorprender, engañar á esa

Un noble.

familia? Va à ser ese el resultado de vuestros sacrificios?

La frase *engañar* hizo estremecer á Mr. de Ulierbecke, y el carmin de la vergüenza cubrió su frente.

—Engañar! murmuró con amargura. Nunca! Pero no debo, con una confesion anticipada, destruir la simpatia que empieza á animar sus jóvenes corazones: despues, quando se trate de tomar una resolucion, yo espondré lealmente el resultado de mis negocios; pero quién sabe? acaso entonces el cariño pueda mas que el cálculo en el pretendiente de mi hija. Si contra todas mis esperanzas, esta revelacion destruye todos mis proyectos, entonces seguiré vuestra opinion; venderé todo cuanto me pertenece y partiré á esconder en otro pais mi sufrimiento y mi miseria.

Despues de una pausa, prosiguió con acento conmovido:

—Y sin embargo, yo juré sobre el lecho de muerte de mi esposa, que mi hija no participaria nunca de tan horrible suerte; que yo encontraria siempre el medio de proporcionarle una existencia cómoda y tranquila... Diez años de sufrimientos... diez años de amargura no han sido bastantes à conseguirlo! Ahora, en fin, un rayo de esperanza ilumina nuestro sombrío porvenir...

Y tomando una de las manos del notario fijó en él una mirada suplicante y añadió:

—Oh! amigo mio, secundadme este supremo y decisivo esfuerzo; no prolongueis mi tortura

y concededme lo que os suplico. No dudeis, que mientras viva será eterna mi gratitud hacia vos, á quien desde ahora considero como salvador de mi hija.

El notario retiró su mano y repuso con em-
barazo:

—Yo no comprendo qué pueda haber de co-
mun entre todo eso y la suma que solicitais
de mí.

Mr. de Ulierbeck guardó silencio un instante
y prosiguió:

—Es ridículo, bien lo sé. ¡Hay pequeñeces
en la vida que no deben salir del recinto de
vuestra casa! El jóven de quien os hablo viene
mañana con su tío á comer con nosotros... Se-
han invitado ellos mismos.... Ahora bien, tengo
necesidad de deciros que necesito esa suma,
no para obsequiarles con esplendidez, sino
para recibirles dignamente.

Al pronunciar estas últimas palabras su ro-
stro adquirió una espresion desgarradora, y
levantando la mano al bolsillo mostró dos francos
sclamando con amargura:

—Esto es cuanto poseo! Mañana dos hombres
millonarios van á comer á mi casa. Si se tras-
uce mi indigencia, el porvenir de mi hija está
perdido... Ahora que todo lo sabéis, sed ge-
neroso y ayudadme!

—Mil francos! repuso el notario. Imposible!
no puedo engañar de ese modo á mis clien-
tes; no teneis garantia para esa suma; no po-
deis nada que no tenga ya un gravámen es-
esivo.

—Pues bien, prestadme al menos con que poder salir de este horrible apuro!

—Yo no tengo fondos disponibles en este instante, repuso friamente el notario. Dentro de algunos dias... quizá...

—Oh! yo os lo suplico, prestadme de vuestra propia caja.

—Lo haria si tuviera proporcion, aun sin esperanza de recobrarlo, porque eso es como una limosna que se da.,-

Mr. Ulierbecke palideció, un rayo de cólera iluminó sus ojos, su frente se plegó de un modo sombrío y murmuró para sí:

—Una limosna! Oh! Hija mia, hija mia!

El notario sacó entonces de un cajon algunas monedas de cinco francos y las entregó al noble: fuese que este se sintiese herido en la fibra mas delicada de su alma, fuese que la suma le pareciera muy mínima para serle útil, se dejó caer en un sillón lanzando un gemido de angustia y ocultando el rostro entre las manos.

Un criado llegó á decirle que otra persona deseaba hablarle, y entonces Mr. de Ulierbecke se levantó vivamente, dominó la emocion que se pintaba en su semblante, y se dispuso á salir; el notario entonces volvió á ofrecerle las monedas que aun tenia en la mano, pero el noble, separando de ellas la vista con horror, dijo precipitadamente:

—Perdonad: ya no quiero de vos mas que una cosa.

—Cuál?

—En nombre de mi hija guardad el secreto.

de cuanto acaba de pasar entre nosotros.

—Nada teneis que encargarme; me conoceis hace tiempo, y os consta mi discrecion. Estad tranquilo. Pero rehusais este pequeño socorro....

— Oh! sí. Gracias, gracias, dijo vivamente, y salió con paso acelerado del salon y de la casa.

Aturdido por el golpe que acababa de recibir, fuera de sí y muerto de vergüenza, con la cabeza inclinada sobre el pecho y la vista fija en el suelo, el desgraciado recorrió largo rato las calles de la ciudad sin darse cuenta de lo que hacia. Por fin pareció salir de su letargo y se dirigió á una calle solitaria, en uno de los arrabales de la ciudad; allí dirigió en torno suyo una mirada y se encontró solo.

Una lucha terrible pareció empeñarse dentro de sí mismo. Sus lábios se agitaban rápidamente en su fisonomia, se sucedian mil expresiones de amargura, de terror y de esperanza... De repente sacó la caja de oro del bolsillo, contempló tristemente las armas grabadas en su tapa, y cayó en meditacion dolorosa de la que salió adoptando una resolucion.

Con los ojos fijos en la caja que oprimian sus dedos, murmuraba con doloroso acento.

— Recuerdo de mi pobre madre, talisman querido que ocultabas la miseria que me rodeaba... Oh! por fin llega el dia en que te dí el último adios! Ojalá este último servicio que vas á prestarme nos salve de una humillacion y nos guie á la felicidad!

—14—

Y una lágrima corrió por su mejilla. Después sacó un cortaplumas y principió á rayar las armas hasta conseguir, si no borrarlas, desfigurarlas al menos, y volvió resuelto al centro de la ciudad.

Después de recorrer algunas calles entró en una mas escusada y paró ante una casa sobre cuya puerta se leía:

Sucursal del Monte de Piedad.

En esta casa se prestaba sobre toda clase de alhajas.

El noble, como no encontrándose con valor para cruzar el dintel de aquella puerta fatal, siguió hasta el extremo de la calle y volvió á retroceder, hasta que al fin reunió el valor suficiente y... entró.

Al poco rato salia furtivamente y se apresuraba á ganar otra calle sin poder disimular la expresion de alegría que animaba sus ojos.

En breve estuvo en el centro de la ciudad otra vez; allí entró en una lujosa tienda de comestibles y dejó separadas gran número de provisiones que dijo pasaria á recoger su criado, y salió dejándolo todo pagado. Mas allá entró á tomar en casa de un platero algunos cubiertos con sus cuchillos, y después dejó esta calle para dirigirse sin duda á otras á prepararse nuevas provisiones.

II.

En los incultos arenales de Flandes el hombre ha emprendido con la naturaleza una lucha gloriosa, consiguiendo echar al suelo la esterilidad á que parecia condenado.

Ha removido las entrañas de la tierra, ha rociado sus profundidades, ha llamado en su auxilio á la industria y á la ciencia, y ha hecho circular la riqueza vegetal por las venas de una tierra endurecida. Glorioso combate del espíritu contra la materia. Las generaciones venideras no adivinarán nunca que bajo aquellas campiñas risueñas no había en otro tiempo mas que dilatados eriales.

No obstante, al Norte de la ciudad de Amberes, en direccion de la frontera holandesa, apenas hoy se advierten señales de agricultura: solo en la calzada que parte de la ciudad, ha hecho algo la mano del hombre: luego en el corazon del pais todo es inculto y salvaje. La vista se pierde en llanuras sin fin, en las que un árbol, una mata, no altera la monotonia del paisaje.

Si se recorren grandes distancias, se encuentran, no obstante, arroyuelos que serpentean entre dos hileras de verde yerba, y no lejos de ellos algunos árboles llenos de vigor y sábia; y no lejos de estos sitios un poco mas amenos, granjas aisladas, casas de campo y

hasta pequeñas aldeas, como si el hombre lo mismo que la tierra no necesitasen mas que agua corriente para encontrar alimento y vida.

En uno de esos sitios un poco menos árido y en un sendero algo apartado, se alzaba una propiedad, que tanto podia ser granja como casa de recreo. Frondosos árboles estendian su sombra majestuosa en torno suyo, y denotaban que la mano del hombre hacia tiempo que se ocupaba en cultivar aquel terreno: además, el foso que rodeaba la casa y el puente que daba entrada á la puerta principal, le daban hasta aspecto de palacio feudal.

Aquella posesion se conocia con el nombre de «Grinselhof». Toda la parte anterior estaba ocupada por la granja, esto es, los establos, corral, habitacion del arrendador, etc.; y en el fondo de la propiedad, al abrigo de la sombra secular de la enramada, se encontraba lo que los aldeanos llamaban palacio,

Alli, solo con su hijo, vivia un noble, y la existencia de ambos era tan retirada que se asemejaba á la de dos cenobitas, viviendo hasta sin criados, lo que en el pais se calificaba de avaricia sin límites. Algunos mas sagaces habian tratado de sonsacar á los arrendadores respecto á la estrachez en que vivia su señor; pero ellos evitaban toda esplicacion y nadie podia penetrar el secreto de aquella economia. Los arrendadores le respetaban, porque ellos prosperaban gracias á la buena calidad de las tierras y al precio equitativo del arriendo, y cada domingo cedian al señor uno de los caballos de

la labor, que aquel hacia enganchar á su deteriorado carruaje, trasladándose en él con su hijo á la iglesia de la aldea cercana: además de eso, el hijo del arrendador desempeñaba el oficio de cocheró.

Es una tarde del mes de julio: el sol termina su carrera, y dora con sus rayos postreros, si no tan fuertes como á la mitad del dia, tibios aun, las copas de los árboles, que despiden tornasolados reflejos, mientras la yerba y el fondo de los bosques se envuelven en misteriosa oscuridad. Sombras gigantescas van estendiéndose por todo el campo, y al sofocante calor del dia sucede la consoladora brisa del crepúsculo.

Un instante despues todo aparece triste en Grinselohof: un silencio de muerte pesa como la losa de un sepulcro sobre aquella vasta heredad, desierta al parecer; los pájaros callan, el viento reposa, ni una hoja que oscila denota que hay vida en aquel muerto paisajel Al ver esta ausencia total de movimiento y vida se creeria á la naturaleza sumida en un mágico sueño, ó que aquel silencio sombrío reconoce por causa algun lúgubre misterio...

De repente el follage se agita y las ramas del bosque se abren al pasar rápidamente un ser invisible. Una multitud de pájaros dejan al mismo tiempo sus nidos, y se adelantan como á recibir un amigo comun.

La sola aparicion de un ser humano puede dar animacion y vida á unos sitios donde parecian reinar la desolacion y la muerte!

Un noble.

Una jóven vestida de blanco se adelanta rápidamente, y parece en su precipitada marcha perseguir á las mariposas. Parece que su traje flotante oculta alas vaporosas que la llevan sin que sus pies descansen en la tierra; sus cabellos flotan en bucles sobre su espalda; sus brazos se extienden en busca del objeto apetecido...

Es un espectáculo hermoso! El insecto revolotea en torno suyo, como si lejos de huir del peligro que le amenaza tuviera un placer en jugar con su perseguidora... Esta da un grito de alegría... Acaba de aprisionar al objeto de su deseo. La mariposa jime un momento cautiva entre sus manos, que al fin se abren, y el insecto vuela perdiéndose en el espacio. La jóven entonces toma otro sendero mas practicable que el que acaba de seguir.

Vedla qué hermosa! el sol ha tostado ligeramente su blanco cutis, sin que por eso hayan perdido sus mejillas su fino aterciopelado: su frente despejada hace resaltar doblemente el brillo de sus negros ojos; su boca pequeña deja ver entre sus labios de coral dos hileras de blancos y pequeños dientes, y todo este bello conjunto se encierra en un marco de cabellos negros y ensortijados que descansan sobre su espalda, dejando entrever á veces un cuello de cisne. Cualquiera la tomaria por el hada de Grinselhof.

Ya vaga sin direccion fija; ya grave y reflexiva se detiene y su vista se clava en tierra; ya risueña y jovial corre de nuevo tras un in-

secto? ó un ave. De este modo llega hasta un parterre donde infinitos claveles tostados por el sol inclinan lánguidamente su cabeza... Estas flores deben ser objeto de una solicitud especial porque todas están sostenidas y atadas, todas tienen preservas contra los pajarillos que pudieran llegar á picarlas. El gusto de estas plantas, lo bien cuidadas que aparecen, la pulcritud que revela aquella tierra fresca y removida, todo indica que aquello lo cuida la mano de una muger.

—Oh, Dios mio, pobres flores! exclamó la jóven al apercibirlas; he olvidado regaros hoy. Teneis sed, no es cierto? Languideceis porque os olvido, y doblais la cabeza como si fuérais á morir!

Y despues de una pausa, murmuró para sí:

—Es que desde ayer estoy tan alegre, tan distraida...

Bajó los ojos, y con acento trémulo murmuró:

—Gustavo!

Inmóvil como una estatua, soñando en una vision encantadora, olvidó sus flores, olvidó el mundo entero y prosiguió:

—Siempre, siempre su imaginacion ante mis ojos! Siempre su voz en mis oidos! Cómo escapar á esta fascinacion? Dios mio! Mi corazon se estremece, la sangre se precipita en mis venas; yo me ahogo... una secreta angustia turba mi alma, y sin embargo, soy dichosa... muy dichosa!

Y calló; pasado un instante pareció salir de

su letargo, levantó su cabeza, separó de su frente los bucles que casi la cubrían, y como si quisiese huir á los pensamientos que la preocupaban, añadió:

—Esperad, mis pobres flores, esperad, voy á refrescaros y á devolveros vuestra lozanía.

Desapareció y á poco volvió con una regadera, que empezó á verter sobre las plantas de claveles, que agradecidos abrieron su cáliz é irguieron su tallo.

Acudió de nuevo á llenar la regadera en un estanque cercano y en él gran número de peces de todos colores sobrenadaron en la superficie y se adelantaron hasta el borde, como si quisieran hablar á la niña. Esta, procurando llenar la regadera sin tocar á los pececillos, exclamó:

—Vamos, vamos, dejadme: hoy no tengo ni tiempo ni jugar. Es verdad que no he bajado vuestro pan, pero os le bajaré ahora.

Terminó de regar las flores y se dirigió á la casa, apareciendo en breve con pan, que fué á echar á los peces, recorriendo después con paso incierto las calles del jardín.

Llegó por fin á un sitio, donde un árbol gigantesco estendia sus ramas hasta por fuera del muro; bajo aquel árbol habia una mesa y dos sillas, y sobre la primera un libro, un bastidor y una escribanía. Era indudable que en este sitio pasaban largos ratos los dueños de aquella posesion.

La jóven tomó asiento maquinalmente en una de las sillas y permaneció largo rato con la

cabeza inclinada sobre el pecho, despues levantó sus hermosos ojos, que permanecieron largo rato clavados en el espacio, y de vez en cuando sus lábios se entreabrian por una dulce sonrisa: luego sus párpados caian de nuevo y volvía á su inmovilidad.

Dormia acaso? Si dormia, su alma por lo menos velaba y era dichosa!

Largo rato hacia que permanecía ensimismada, olvidada de cuanto tenia cerca de sí, cuando el ruido de un carruage que se acercaba llegó á turbar el silencio que reinaba en Grinselhof. No obstante, la jóven no salió de su letargo.

El arrendador y su muger corrieron á recibir á su señor, que llegaba en el carruage que ya conocemos.

Mientras ayudaban á desenganchar el caballo, Mr. de Ulierbecke les dirigió algunas frases benévolas, aunque con acento tan triste, que ambos se miraron asombrados.

Cierto es que la gravedad no abandonaba su rostro ni en los instantes de mayor jovialidad; pero en aquel instante su fisonomia estaba tan abatida, su mirada habitualmente tan dulce y animada, era tan sombría, que no habia duda de que su espíritu habia sufrido alguna transformacion.

Despues de dejar el caballo en la cuadra, el jóven criado sacó del fondo del carruage algunas cajas y envoltorios, que depositó sobre una mesa de la misma granja. Entonces Mr. de Ulierbecke se acercó al arrendador y le dijo:

dormida en su retiro favorito. Suspendió el infeliz padre sus pasos y permaneció como en éxtasis....

¡Qué hermosa le pareció su hija en su tranquilo sueño! El crepúsculo de la tarde bañaba su rostro de tintas suaves y el desorden de sus cabellos hacía resaltar mas la blancura de su rostro. Debía soñar siempre porque una vaga sonrisa se dibujaba en sus labios y su rostro estaba animado de una dichosa expresión.

Mr. de Ulierbecke contuvo su aliento, levantó al cielo sus ojos y dijo con profunda emoción:

— Bendito seais, Dios todopoderoso! Permitis que mi martirio se prolongue sobre la tierra, pero no le aumentais con los pesares de mi hijal Conservadla siempre dichosa!

Después de esta corta aunque ardiente oración, se sentó en la otra silla cuidadosamente, apoyó el codo sobre la mesa y la cabeza en la mano. La contemplación de su hija debía ser para él un manantial inagotable de delicias, según el placer con que le saboreaba.

De repente un púdico carmin cubrió su frente, sus lábios articularon una palabra y su padre que espiaba todos sus movimientos sorprendió esta frase entre la brisa que se llevaba el aliento de la joven.

Entonces con profunda emoción murmuró:

— Gustavol sueña con Gustavol! Su corazón responde á mis deseos. Quiera el cielo sernos propicio. Oh! sí, hija mia, abre tu alma á las sensaciones del amor y la esperanza: sueña...

—Juan, tengo necesidad de vos. Mañana tenemos convidados en Grinselhof. Mr. Denecker y su sobrino comen aquí.

El arrendador miró á su señor estupefacto, sin poder dar crédito á sus oídos. Despues de un instante exclamó con timidez:

—¿Ese señor tan rico que oye misa todos los domingos cerca de vos?

—El mismo, Juan: ¿qué hay en ello de extraño?

—Y su sobrino, aquel jóven que al salir de misa habló á nuestra señorita?

—Tambien.

—¡Son gentes tan ricas! Han comprado todas las tierras que rodean á Echelpoel, tiene en su cuadra diez caballos sin contar los que tiene en la ciudad.

—Lo sé; y precisamente por eso quiero recibirles como conviene á su rango. Asi pues, mañana temprano estad pronto vos, vuestra mujer y vuestro hijo... ¿Me ayudareis, no es cierto?

—Sin duda, sin duda. Somos muy dichosos en poder hacer algo en vuestro servicio.

—Os doy gracias con todo mi corazon: asi, pues, hasta mañana.

Mr. de Ulierbecke dejó la granja y se encaminó por el parque á su casa.

Asi que se vió solo, su fisonomia adquirió una espresion mas serena, y una sonrisa apareció en sus lábios mientras sus ojos parecian buscar á alguien por el jardin.

Al extremo de una calle apercibió á la jóven

sueña... quién sabe si tu sueño será pronto una realidad!

Mr. de Uliebecke permaneció algunos instantes en su dulce contemplación: se levantó por fin, pasó por detrás de su hija y depositó un beso en su frente.

Entonces la joven abrió los ojos y al percibir á su despertador se suspendió cariñosamente á su cuello. El noble desasíó de sus brazos á su hija y dijo en tono de jovialidad:

—Por lo visto, Leonor, es inútil que te pregunte yo las bellezas que has descubierto en el *Lucifer* de Vopdel, porque de seguro no has tenido tiempo de empezar la comparación de esta obra maestra con el *Pariso Perdido* de Milton.

—Ay padre mio, repuso la joven turbada, no sé como deciros que hoy no estaba mi espíritu dispuesto para leer: por mas que he querido fijar la atención. . . .

—Vamos, vamo-, no te ruborices eso no tiene nada de particular. Vaya, siéntate á mi lado: tengo que comunicarte una nueva importante. ¿Sabeis porqué he tenido necesidad de ir á la ciudad? Porque mañana tenemos convidados.

La joven clavó en su padre una mirada de profunda sorpresa.

—Ya conoces á Mr. Denecker, ese rico negociante que oye siempre misa á nuestro lado y habita el espléndido castillo de Echelpoel.

—Sí le conozco: me saluda siempre con mu-

cha afabilidad y jamás deja de darme su mano cuando bajo del coche.

—Pues bien, él es nuestro convidado: ya me parece oírte preguntar si viene solo. No, Leonor, le acompaña otra persona...

—Gustavo! exclamó la niña involuntariamente.

—En efecto, Gustavo, pero no te ruborices, hija mia: no temas porque tu alma cándida se abra á un nuevo sentimiento. Entre los dos, Leonor mia, no puede haber ningun misterio que mi amor no penetre.

Los ojos de la jóven parecieron interrogar á su padre como pidiendo la solucion de este enigma. De repente, como si una luz viva hubiera iluminado su pensamiento, se arrojó en los brazos de su padre, ocultó el rostro en su seno y murmuró conmovida:

—Que bueno sois, padre mio! qué bueno sois conmigo!

El noble admitió con éxtasis las caricias de la jóven, pero poco á poco su rostro se fué tornando sombrío, una lágrima brilló en sus ojos y dijo con amargura:

—Leonor, suceda lo que quiera, en nuestra vida amarás siempre á tu padre como le amas hoy?

—Oh! siempre, siempre!

—Leonor, hija mia, tu ternura es mi recompensa en la tierra: no me prives nunca de este consuelo!

El acento triste de su padre conmovió de tal modo á la jóven, que sin proferir una frase,

Un noble.

llevó á sus lábios la mano de su padre y comenzó á llorar silenciosamente.

Así permanecieron largo rato inmóviles, absortos en una emoción que no era dolor ni alegría, y que sin embargo participaba de ambos sentimientos.

El rostro de Mr. Ulierbecke fué el primero á cambiar de expresión y su fisonomía adquirió un aire de severidad como si á sí mismo quisiera reconvenirse. En efecto: no habían hecho correr las lágrimas de su hija!

El estaba pronto á cualquier sacrificio por doloroso que fuera, con tal que fuese necesario á la felicidad de su hija; y sin embargo, la sola idea de una separación le taladraba el alma. Procuró, no obstante echar fuera de sí pensamientos tristes, y exclamó:

—Vamos, Leonor, vamos, recobra tu alegría, Devez en cuando el alma necesita desahozarse el dolor que la oprime... pero ya pasó. Ahora vamos á casa; aun tenemos que hablar y convenir en el modo de recibir á esos huéspedes convenientemente.

La joven obedeció en silencio y siguió lentamente á su padre.

Algunas horas después Mr. Ulierbecke estaba sentado en la sala principal de Grinselhof, con los codos apoyados sobre una mesa en la cual ardía una lámpara. La vasta pieza iluminada por una sola luz, aparecía triste y sombría. La luz trémula describía mil reflejos movibles que contrastaban con la fijeza de los retratos de familia fijos en la pared.

En medio de esta oscuridad, de este silencio, se destacaba digna y magestuosa la figura del anciano, con la mirada perdida en el espacio, con la inmovilidad de una estatua.

Al cabo de un rato dejó su sitio y fué con precaucion hasta una puerta situada en la estremidad del salon, y escuchó.

—Duerme! dijo en voz baja.

Y levantando sus ojos al cielo añadió:

—Dios proteja su sueño.

Volvió à la mesa, tomó la lámpara y abrió un armario fabricado en la pared, de cuyos cajones inferiores sacó un mantel y servilletas, observando cuidadosamente si alguna mancha ó algun zurcido las haria impresentables: una sonrisa de satisfaccion demostró que no.

Tomó despues una cesta y con una bayeta fué uno por uno limpiando los cubiertos, saleros, servilleteros y demás utensilios de mesa que al dia siguiente habian de servir, y cuyos objetos de plata, restos de su antigua opulencia, habian perdido con el uso su brillo primitivo.

Mientras se entregaba à esta ocupacion, su alma debia estar combatida por distintas sensaciones, porque à veces una lágrima se escapaba de sus ojos, que no tardaba en ser borrada por una sonrisa.

—Pobre hermanol! murmuró por fin. Un solo hombre que conoce lo que he hecho por tí te acusa de ingrato! Y acaso en este instante recorres los desiertos de América falto de abrigo y de sustento, ó ganas ambas cosas por un tra-

bajo asalariado! Hijo de noble cuna, vives esclavo de los ingleses, careciendo de cuanto te sonreía en tu niñez.

Absorto algun tiempo en tan tristes pensamientos, fué colocando maquinalmente unos al lado de otros los objetos que limpiaba. Cuando hubo concluido su operacion, añadió:

—Perfectamente: somos cuatro á la mesa, y con un poco de esmero tenemos servicio para todos. Daré mis instrucciones á la arrendadora, y ella...

Volvió á guardarlo todo en el armario, y despues tomó la luz, y por una escalera de piedra descendió á las habitaciones bajas, y por una de ellas, abriendo una puerta mezquina, á la cueva. Recorriéndola, encontró una porcion de botellas vacias, y por fin descubrió lo que anhelaba. Sacó de entre la arena tres botellas, y con la palidez de la angustia murmuró:

—Tres botellas! Tres botellas no mas! y Mr. Denecker, que pasa por un gran bebedor! Qué hacer, si terminadas las tres botellas pide mas? Yo no bebo, Leonor tampoco; de modo que dos botellas para él, una para su sobrino... sí, sí debe bastar!

Subió de nuevo al salon, y entonces tocó su vez á la ropa que tenia puesta, la que tardó en limpiar mas de media hora, disimulando hasta con tinta las huellas de vejez que blanqueaban por las costuras.

—Miradme, sí, exclamó dirigiendo á los retratos una mirada dolorosa; miradme vosotros, cuya noble sangre corre por mis venas! Tú,

valiente capitan, que diste tu vida por tu patria en la batalla de San Quintin; tú, hábil diplomático, que después de la batalla de Pavia prestaste tan eminentes servicios al gran emperador Carlos V; tú, bienhechor de la humanidad, que erigiste tantos establecimientos benéficos... miradme! Humilde es mi ocupacion, pero no mancha vuestros blasones. El origen de mi pobreza ha sido la generosidad, el amor fraternal... Por eso desde el fondo de mi humillacion levanto la vista hacia vosotros, sin que vuestra entrada haga bajar la mia!

Presa de creciente exaltacion Mr. de Ulrick, se paseaba agitado por la estancia. Su actitud era magestuosa; su mirada altiva, su expresion digna; todos sus ademanes de un hombre superior.

De repente cambió su rostro, llevó las manos á su frente, y murmuró:

—Pobre insensato! Tu alma quiere remontarse, y sueña... sí, es una ilusion; y sin embargo, yo os doy gracias, Dios mio, porque de ese modo sosteneis mi fortaleza.

Calló, y una expresion de profundo desaliento se marcó en su fisonomia.

—Mañana, sí, mañana la vista escudriñadora de esos poderosos se fijará en tí y temblarás, y beberás hasta las heces el cáliz de la amargura... Oh!... estudia tu papel... cubre de una máscara tu rostro... y no olvides la nobleza de tu raza, para morir cien veces antes que dejar que te humillen. Ahora, á descansar si puedes... Dormir!... Y esa letra!... esa letra!...

Y repitiendo estas fatales palabras, desapareció por la puerta que conducía á su dormitorio.

III.

Aldía siguiente, en cuanto los primeros albores de la mañana iluminaron el horizonte, cada uno se entregó á sus tareas en Grinselhof. La arrendadora y su criada fregaban las escaleras, el arrendador limpiaba los caballos y arreglaba el establo y la cuadra, y su hijo limpiaba de yerba las calles del jardín. Entretanto Leonor preparaba los adornos de la mesa y arreglaba los objetos del aparador.

Jamás se había visto tal vida y animación en Grinselhof. Los mismos arrendadores iban y venían con una expresión de contento tal, como si ellos hubieran sido los héroes de aquella fiesta.

Mr. de Ulierbecke, aunque tan conmovido en el fondo como los otros, discurría por todas partes con aparente calma y los animaba en sus trabajos y daba sus disposiciones con la indiferencia de una persona que nada nuevo presenciaba: sin embargo, procuraba halagar con sus frases benévolas el amor propio de aquellas gentes sencillas que le hacían tamaño servicio, exclamando que los convidados no podían menos de elogiar aquel aseo y perfección.

Nunca el arrendador ni su muger habian visto á Mr. de Ulierbecke tan jovial, y como ellos le amaban sinceramente, estaban mas contentos que si hubiera habido feria en Grin-selhof. No adivinaban que el noble anciano no podia recompensarles de otro modo su noble proceder.

Cuando se terminaron los preparativos mas importantes y el sol estaba ya en mitad de su carrera, Mr. de Ulierbecke llamó á su hija y dió sus instrucciones para la comida. En ellá la mision de la jóven no se estendia mas que á vigilarlo todo y á indicar á la arrendadora cómo habia de ir presentando los platos en la mesa.

Los hornillos en desuso hacia mucho tiempo se encendieron, y el humo salió en caprichosas espirales por la chimenea de la casa.

Las provisiones llevadas por el anciano en la tarde anterior se descubrieron y aparecieron aves, pescados, pastas, legumbres y otra porcion de viandas.

Las mugeres se pusieron al punto á desplumar y limpiar sin que Leonor misma dejase de tomar parte en estas faenas. La arrendadora y su criada que siempre habian tratado á la señorita desde una respetuosa distancia, estaban encantadas con la franca cordialidad que les manifestaba, lo que les obligaba á acrecentar su afecto por ella. Esta atraccion se manifestó de un modo palpable en la criada cuando Leonor dejó escapar las notas de una cancion popular muy conocida.

La criada entonces se aproximó al oido de

su señora y le dijo con un tono de súplica y no tan bajo que no llegase á oídos de la jóven:

—Señora, rogad á la señorita que cante esa cancion. La otra tarde se la oí cantar en el jardin y era tan bella, tan dulce, que estuve mas de un cuarto de hora escuchándola como una tonta.

—Es verdad, señorita, repuso la arrendataria; si no os incomodais mucho cantádnosla. Teneis una voz tan dulce, que cuando os oigo me parece que me habla mi madre desde el cielo. Cantadla, por favor.

—Es muy larga, repuso la jóven sonriendo:

—No canteis mas que una ó dos estrofas. Ya veis, hoy es dia de alegria!

—Teneis razon, escuchadme:

Al borde de un arroyuelo
sentada estaba una niña,
y aunque de muy cortos años
en llanto se deshacia.

Deshojaba entre sus manos
mil silvestres florecillas,
que bañadas con sus lágrimas
la corriente recibia.

Vuelve mi padre queridol
vuelve hermano de mi vidual
ved que me dejais sola
siendo aun inocente y niña.

Estos suspiros llegaron
del valle á la opuesta orilla,
y un galan hermoso y noble
los oyó y llegó á la niña.

«Cuéntame niña tus penas.»

«Para qué quereis oirlas?»
De una huérfana la suerte
á nadie interés inspira.»

«Yo lo exijo y consolarte
me prometo, hermosa niña,
ó con ternura del alma
ó con las riquezas mías.»

«Pues bien, lloro porque miro
de este arroyuelo á la orilla
el sepulcro de mi madre
que allí debajo se anida.

Y el de mi padre y mi hermano
que en esta corriente misma
sepulcro juntos hallaron
de su noble audacia víctimas.»

Así acabó su relato
entre lágrimas sentidas,
y así el galán esplicóse
postrándose ante la niña:

«No llores, que si has perdido
bienes que Dios da y Dios quita,
yo ser, para tí me ofrezco,
padre, esposo, amor y dicha.»

Nada á la niña le falta
desde aquel alegre día
que su virtud y hermosura
pagadas muy bien se miran.

Ya no llora cual lloraba
del arroyuelo á la orilla
y aunque por sus padres llora,
llora lágrimas de dicha. (1).

(1) Esta canción popular en el país, con el nom-
Un noble.

Al principio de la segunda estrofa, Mr. de Ulierbecke habia aparecido en el dintel de la puerta: la arrendadora se puso de pié y Leonor calló hasta que su padre la hizo seña de que continuase.

— Cuando terminó la cancion dijo con jovialidad.

— Cómo se divierte por aqui la gente! asi me gusta; pero venid, tengo necesidad de vos.

Dirigióse al comedor con la arrendadora y alli estaba ya la mesa puesta y solo á falta de viandas. El jóven aldeano estaba ya vestido con su servilleta al hombro y el anciano empezó entonces con ellos una verdadera comedia, instruyendo á cada uno de su verdadero papel, y haciéndosele repetir para mayor seguridad del desempeño.

La hora de comer llegó por fin; todo estaba dispuesto y Leonor vestida esperando á sus convidados con el corazon palpitante.

Cerca de las dos serian, cuando un carruaje lujoso tirado por dos briosas yeguas, entró en Grinselhof y fué á parar al pié de la escalera de la casa.

El noble anciano bajó á recibir á sus huéspedes con la cordialidad y finura que le eran propias, y dirigió al jóven algunas frases galantes mientras el tio de aquel daba orden á sus criados de volver á las cinco, porque nego-

bre de la HUERFANA, es conocida de todo el mundo. Su aire es triste, pero lleno de ternura y melodia.

(N. del A.)

cios urgentes le llamaban aquella misma tarde á Amberes.

Mr. Denecker era un hombre vestido con lujo, pero cuyo trage no podia ocultar la falta de maneras de quien le llevaba. Su fisonomia era vulgar, su estatura mediana, su robustez escesiva, pero sobre todo esto destacaba su mirada penetrante y despejada que denotaba una inteligencia clara que tan bien utilizaba en sus negocios.

Su sobrino Gustavo tenia un exterior distinguido, reunia á su esbelto talle una fisonomia agraciada y unas maneras escogidas, fruto de una educacion perfecta, y su mirada dulce y melancólica denotaban un corazon lleno de delicadeza y sentimiento.

Mr. de Ulierbecke introdujo á sus huéspedes en el salon donde les aguardaba su hija, á la cual saludó el negociante con benévola sonrisa y exclamó con ingenuidad:

—Siempre tan bella, tan encantadora! Y vivir encerrada en este desierto! Ah! Mr. de Ulierbecke, eso no es justo.

Entretanto Gustavo se aproximaba tambien á la jóven y murmuraba algunos cumplimientos ininteligibles. Los dos se turbaron, bajaron la vista y Gustavo fué el primero á cortar esta emocion dirigiendo resueltamente su palabra á la jóven.

—No observais lo que pasa? decia al mismo tiempo Mr. Denecker al oido del padre de Leonor. Vuestra hija va trastornando la cabeza á mi pobre sobrino. Os lo advierto para

que tomeis vuestras precauciones por si acaso este mal entra en el género de los incurables... porque os prevengo que mi sobrino no retrocede ante ningun obstáculo. Vedlos, vedlos ya en una conversacion animada. Ya desapareció el temor!

Mr. de Ulierbecke oyó con profunda emocion estas palabras del negociante que venian á confiar su esperanza. No obstante, murmuró:

— Os burlais, Mr. Denecker. Eso no ofrece ningun peligro. Ambos son jóvenes y esa seria una de tantas inclinaciones sin consecuencia. Vamos, prosiguió en alta voz, á la mesa, señores, á la mesa!

Gustavo ofreció tímidamente el brazo á Leonor que le aceptó ruborosa: ambos parecian cortados, y sin embargo, una felicidad celestial embargaba sus corazones.

Se pusieron á la mesa; el dueño de la casa se colocó frente á Mr. Denecker y al lado de Gustavo que á su vez estaba enfrente de Leonor.

La arrendadora traia los platos que eran colocados en la mesa por su hijo que servia además todo lo necesario. Todo mereció la aprobacion de Mr. Denecker, y no dejaba de sentir gran asombro al verse tratado con gran esplendidez por Mr. de Ulierbecke, que tenia fama de miserable en el pais.

La conversacion se hizo general en la mesa: Leonor estuvo franca y expansiva, Gustavo jovial, Mr. de Ulierbecke fino y obsequioso y Mr.

Denecker reconocido á las atenciones de que era objeto.

Todo marchaba perfectamente y puede afirmarse que cada uno estaba satisfecho de sí mismo y de los otros. El dueño de la casa, sobre todo, abrigaba la satisfaccion de ver que sus improvisados sirvientes cumplieran á las mil maravillas con las atenciones de su cargo.

Una sola cosa comenzaba á preocupar á Mr. de Ullierbecke. Veia con angustia que Mr. Denecker mientras hablaba vaciaba un vaso tras otro, lo que hizo en breve que hubiera que retirar una de las botellas, estando ya la otra casi vacia á mitad de la comida.

De vez en cuando dirigia miradas furtivas á la botella, tembiando á pesar suyo cada vez que su huésped llenaba de nuevo el vaso. Observando que este no hablaba sin beber muy á menudo, empezó á ir cortando la conversacion, á ver si podia moderar la sed de su huésped; pero su esperanza se frustró: Mr. Denecker, no sabiendo de qué hablar, empezó á ponderar la escelencia de los vinos, lo que le obligaba á saborearle mas á menudo. Gustavo obligado á complacer á su tio, le secundaba, aunque bebiendo con mayor moderacion.

La angustia del noble anciano crecia por momentos: en breve la segunda botella fué retirada tambien y Mr. Denecker exclamó:

—Sí, amigo, vuestro vino es escelente. A juzgar por la muestra, vuestra mesa está bien provista. Sed, pues, tan amable, que mandeis subir una botella del *Rhin* y terminaremos con

un brindis de *rom de Jamaica*, porque debo advertiros que yo no bebo nunca *Champagne*: es un vino detestable para los verdaderos aficionados. Ese para vosotros.

Estas palabras hicieron cubrir el rostro del noble de una mortal palidez; pero para disimular su espresion, cubrió su rostro con la mano, y pidió á su amigo una inspiracion que le salvase del compromiso en que se hallaba.

—Del Rhin habeis dicho? exclamó de repente con sonrisa tranquila. A ver, Juan, una botella del Rhin, ya sabeis, en la tercera cueva...

El jóven aldeano miró á su señor con la boca abierta y murmuró algunas frases ininteligibles.

Dispensadme, dijo Mr. de Ulierbecke: son tan torpes... Estoy cierto de que no la encontrará.

Y se levantó de la mesa, bajó á la cocina, tomó la única botella que quedaba y descendió á la cueva. Allí solo respiró con libertad y dijo:

—Una botella del Rhin, otra de rom, otra de *Champagne*... Y nada mas que esta botella de Burdeos! Qué hacer, Dios mio!

De repente pareció tomar una resolucion y volvió á presentarse con el tirabuzon en una mano y la única botella en la otra. Durante su ausencio, Leonor habia hecho mudar todos los vasos.

—Este vino, dijo al entrar, tiene lo menos veinte años y estoy seguro de que os agrada, dijo el noble mientras llenaba los vasos y es-

piaba á hartadillas el efecto que á su huésped causaba esta estratagema.

Apenas este llevó el vaso á sus labios, le retiró con disgusto y dijo:

—¡Aquí hay equivocacion! Es el mismo vino.

—El mismo? dijo con sorpresa Mr. de Ulierbecke llevando el vaso á sus labios. Pues es verdad! Me he equivocado sin duda. Pero qué le hemos de hacer! Ya se ha destapado la botella... vaciémosla, que tiempo habrá para todo.

—Como gustéis, repuso el negociante; pero con la condicion de que me secundareis mejor que hasta aquí.

Esta botella, mejor repartida aun que las anteriores, iba dando fin y aumentando el desaliento del noble, en cuyos oídos resonaba sin cesar *Rhin, Champagne, Ron...* Con frecuencia llevaba el pañuelo á su frente para enjugar el sudor que de ella corria, y cuando Mr. Denecker apuró la botella, un gemido se escapó de su pecho y cayó como desvanecido.

Era un fingido desmayo para apartar á sus huéspedes de la mesa.

Todos se levantaron precipitadamente y Leonor lanzó un grito, acudiendo á socorrer á su padre.

—No es nada, no es nada, dijo este volviendo en sí. El ambiente de este salon... Llevadme al jardin. Allí me mejoraré.

Al decir estas palabras dió un paso hácia la puerta; Leonor se apresuró á darle el brazo; y

Mr. Denecker y su sobrino les siguieron, manifestando profundo interés.

Apenas Mr. de Ulierbecke se vió instalado en el jardin con sus convidados alrededor de sí, su palidez fué desapareciendo, y la tranquilidad volvió á su alma. Despues manifestó su deseo de dar un largo paseo por el jardin para acabar de reponer sas fuerzas.

—Me agrada vuestra proposicion, dijo el negociante; tanto mas, que debiendo volver mi carruaje á las cinco, tendria un sentimiento en salir de aqui sin haber visitado antes vuestro jardin. Demos un paseo por él, y despues beberemos un trago por nuestra buena amistad.

Y diciendo esto, ofreció su brazo á Leonor, lo que mereció la aprobacion de Gustavo, que si por este medio se veia privado de proseguir su conversacion con la jóven, le halagaba ver que era objeto de las atenciones de su tio, con cuyo consentimiento necesitaba contar para todo.

El paseo devolvió á todos la animacion que habian perdido, y Leonor se mostró aun mas jovial que en la mesa, lo que hacia presentir á Mr. Denecker un dichoso porvenir para su sobrino, á quien amaba como á un hijo.

Llegados á una plazoleta, se hizo círculo general, y alli, mientras los dos ancianos hablaban de negocios propios de su edad, Leonor y Gustavo sostuvieron á media voz un diálogo animado.

Cuando se continuó el paseo, los dos jóvenes fuese casualidad ó concierto, caminaban á unos

cincuenta pasos mas adelante, distancia que no se alteró en todo el tiempo.

La jóven mostraba á Gustavo las flores cultivadas por ella; los pájaros que acostumbraban á pedirle migajas de pan y los pececillos que se adelantaban á saludarla á la misma orilla del estanque.

Por su parte, Mr. de Ulierbecke empleaba toda su habilidad en distraer á su huésped é impedirle volver á la mesa: por esta razon hacia y decia cosas estrañas en su carácter digno y pacífico.

Ya se acercaba el momento fijado para la partida de Mr. Denecker y su sobrino, y el noble daba gracias á Dios de que esta prematura partida le sacase de su embarazosa situacion, cuando de repente el negociante dijo:

—Hola, Gustavo: si quieres beber con nosotros el vaso de despedida, dirígete al comedor. Son cerca de las cinco.

Mr. de Ulierbecke miró aterrado á Mr. Denecker, que tratando en vano de comprender el efecto que en su huésped habian producido sus palabras, exclamó:

—Os poneis malo otra vez?

—En efecto, repuso con acento entrecortado el noble. Mi estómago se subleva á la sola idea del vino. Es una indisposicion tan estraña...

De repente cambió su expresion y repuso vivamente.

—Creo que se acerca vuestro carruaje.

En efecto, el carruaje del negociante entraba en Grinselhof.

Un noble.

Mr. Denecker no habló mas de vino y aun encontró raro que pareciesen alegrarse de su partida: no obstante, recordó la jovial acogida que les habian hecho, y atribuyendo esta misteriosa conducta de Mr. de Ulierbecke á su mal estado de salud, exclamó estrechando la mano del noble con sincera efusion:

—Hemos pasado en vuestra casa un dia delicioso, y solo disfrutándolo se comprende lo ameno de vuestra compañía y la de vuestra linda hija: me felicito por nuestra amistad afianzada hoy, y espero que en breve relaciones mas íntimas la ligarán mas. Entretanto os doy gracias por la acogida que os hemos merecido mi sobrino y yo.

Gustavo y Leonor se habian aproximado mientras el noble murmuraba algunas frases de disculpa.

—Mi sobrino no podrá menos de convenir tambien en que ha pasado pocas horas mas agradables en su vida. Yo espero que á vuestra vez, Mr. de Ulierbecke, nos devolvereis la visita honrando un dia nuestra mesa, y como esto, á pesar de mi deseo, no será inmediato, os pido licencia en nombre de mi sobrino, para venir á veros alguna vez.

Gustavo pareció demandar con la vista á Leonor la licencia que su tio indicaba, á lo cual la jóven bajó los ojos, mientras su padre repetia todos sus ofrecimientos.

Despues de esto Gustavo y Leonor cambiaron una mirada que demostraba el sentimiento de separarse y la esperanza de volverse á ver: los

dos ancianos se estrecharon la mano cordialmente, y los convidados dejaron á Grinselhof bajo muy dulces impresiones.

IV.

A los dos dias Gustavo se presentó, en Grinselhof y pasó con el padre y la hija gran parte de la tarde, volviendo á casa de su tío con el corazon henchido de dichosas esperanzas.

No se atrevió, sin embargo, á volver con mucha frecuencia, temiendo parecer molesto al noble anciano, pero en breve este disipó sus escrúpulos, manifestándole su cordial amistad.

El jóven entonces no supo resistir á la atraccion que Leonor ejercia sobre él, y dia por dia pasaba algunas horas en Grinselhof, con gran contentamiento de todos. Allí el tiempo corria sin sentir para él, y recorriendo con la jóven y con su padre las sombrías calles del jardin, ó sentados á la sombra de un frondoso árbol, soñaba un porvenir de ventura que se presentaba con el doble encanto de no tener obstáculos que vencer.

Si el lindo rostro de Leonor le habia cautivado desde luego, su ameno trato, su candorosa sencillez habian desarrollado en su alma una verdadera pasion que constituia á la jóven en árbitro de su existencia, comprendiéndose en ella su luz, su respiracion y su vida.

Gustavo no habia podido tener aun una en..

trevista á solas con Leonor, porque la jóven inseparable de su padre, lo era aun mas cuando cualquier extraño se hallaba con ellos; asi, pues, el mancebo no disimulaba sus sentimientos delante del padre de su amada, pareciéndole que esto mismo le iba preparando el camino á una esplicacion que al cabo habia de tener lugar.

Y sin embargo, una cosa le disgustaba en el padre de Leonor: la avaricia de este, que era ponderado en el pais, habia llegado á ser para él una verdad incontestable. Jamás le habia ofrecido un vaso de vino ni cerveza, por sofocante que fuese el calor del dia, y mas de una vez habia notado el jóven que Mr. de Ulierbecke se tomaba mil cuidados por ocultar la estrechez en que vivia.

La avaricia es una pasion repugnante que solo puede inspirar aversion y desprecio, mucho mas á un corazon de veinticinco años. Asi, pues, Gustavo luchaba contra este sentimiento y necesitaba fijarse en otras prendas recomendables del anciano para tolerarle, lo que él creia un defecto de los mas graves.

Si Gustavo hubiera penetrado la verdad! Si su mirada hubiera podido adivinar lo que pasaba en el pecho del anciano, le hubiera compadecido al comprender que cada sonrisa ocultaba un dolor, que cada uno de aquellos estremecimientos que se esforzaba en vano en disimular era una angustia de su alma, que sus noches no tenian sueño, ni sus dias reposo, y que el sudor bañaba su frente cuando sus lá-

bios repetían estas fatales palabras: «Dentro de cuatro meses vuestros bienes serán vendidos por la ley.»

De aquellos cuatro meses habían trascurrido dos!

Atendiendo á esto no era completamente desinteresado el afecto que mostraba al futuro pretendiente de su hija, no. El drama de su dolorosa prueba debía desenlazarse en un plazo marcado, y entonces serían conocidos su miseria, su suerte moral! Todo su interés era que la muerte de su hija se decidiese antes, y hé aquí por qué con mas obstinacion que nunca se empeñaba en ocultar la miseria que le rodeaba.

Un día Mr. Denecker, que no consentía que su sobrino viviese tanto tiempo separado de los negocios, le intimó su resolución de que volviese á la vida activa, para lo cual tenía que dejar la vida campestre que hacía y volver á la ciudad. El jóven comunicó á Leonor y á su padre esta orden de su tío, y por vez primera vió bañados en llanto los ojos de su amada. Conmovido por esta prueba de cariño, tomó su mano y permaneció tambien reflexivo sin escuchar las palabras de consuelo que Mr. de Ullierbecke le dirigia.

De repente Gustavo se levantó y salió antes que fuese la hora ordinaria de su partida: en vano Leonor quiso saber la causa de su repentina resolución... Algunas frases entrecortadas, en las que se traslucía un rayo de esperanza, fué lo único que pudo obtener de Gus-

tavo. Mr. de Ulierbecke, con mas experiencia, leyó perfectamente en sus ojos la resolucion que habia tomado, y aquella noche ensueños dichosos le adurmieron.

Al dia siguiente cuando llegó Gustavo, el corazon de Mr. Ulierbecke palpitaba de emocion, y mas aun cuando aquel le pidió unos minutos de audiencia á solas.

El anciano le condujo á otra pieza, le ofreció un asiento, se sentó él á su vez con aparente calma, y murmuró:

—Os escucho, amigo mio.

Gustavo pareció reunir un instante sus ideas, y despues exclamó con entereza:

—Mr. de Ulierbecke; la estremada bondad de vuestro carácter y las atenciones que os he merecido me dan valor para venir hoy á hacer os una peticion de suma importancia. Yo os ruego que, sea la que quiera vuestra contestacion, disculpeis mi atrevimiento. No habrá escapado á vuestra penetracion que desde el primer dia que tuve el gusto de ver á Leonor, una irresistible fuerza me arrastró hácia ella, y desde entonces la amistad que ambos me habeis dispensado han encendido en mi pecho un amor que decidirá de la suerte de mi vida.

Aqui el jóven hizo una pausa esperando quizá que su interlocutor le dirigiese algunas frases que la animaran... Pero en vano; Mr. de Ulierbecke atento solo á ocultar su emocion, murmuró únicamente:

—Continuad.

Gustavo entonces, luchando entre el temor y la esperanza, prosiguió:

—Sí, amo á Leonor, y este amor me dará la felicidad si vos le protegeis, ó me matará si le desechais. Sus virtudes, su candor, su carácter angelical me han ido conduciendo de la admiracion al amor, y del amor á la adoracion. Sin Leonor no puedo vivir. Si no obtengo vuestro consentimiento entonces no sé qué será de mí.

Y Gustavo pronunció estas últimas frases con tal emocion, que Mr. de Ulrierbecke le dijo dulcemente:

—Tranquilizaos, amigo mio, sé que amais á Leonor y aun creo advertir que ella no es ingrata á vuestro cariño, ¿pero qué solicitais de mí?

El jóven replicó bajando los ojos:

—Si aun dudo obtener vuestro consentimiento á pesar de las muestras de afecto que me habeis dado, es porque no me creo digno de la dicha á que aspiro. Mi nombre es oscuro, los hechos de mis antecesores no son gloriosos, la sangre que corre por mis venas es de origen plebeyo...

—¿Creeis Gustavo que yo ignoraba todo eso cuando os admití en mi casa por vez primera? No, lo sabia y solo me fijé en que vuestro corazon es noble.

—De modo que no me rehusareis la mano de Leonor si mi tio consiente en este enlace?

—No, no os la rehusaré. Os confiaré la felicidad de mi única hija, con el corazon palpi-

tante de alegría... pero hay un obstáculo que vos no conoceis.

—Un obstáculo? dijo el jóven palideciendo. Un obstáculo entre Leonor y yo?

—Contened vuestro amor por un instante y escuchad la esplicacion que debo daros. Vos creéis que Grinselhof y las demás posesiones que pasan por rrias en el pais lo son? Es un error: no poseemos nada. Nuestra fortuna es mas escasa que la de esos pobres aldeanos arrendadores de mi granja...

El jóven miró á su interlocutor con sorpresa y asombro; pero en breve una sonrisa de incredulidad brilló en sus lábios.

—Veo que dudais de mis palabras, exclamó Mr. de Ullierbecke con amargura. Ya se vé, para vos tambien soy un avaro que sacrifica su hija privándola hasta de lo necesario para atesorar riquezas que nadie disfruta...

—Oh! Perdonad, señor; el respeto que os profeso me priva de admitir suposiciones...

—Nos os acuso, Gustavo: no teneis vos ni nadie la culpa de que yo haya tratado de ocultar mi indigencia bajo la máscara de la avaricia. Lo que hoy os digo es la verdad. Volved á vuestra casa sin ver á Leonor, reflexionad sobre lo que os he dicho, dejad pasar la noche por medio, y si mañana, Leonor pobre, vale tanto para vos como Leonor rica, pedid á vuestro tio su consentimiento: teneis el mio.

El tono solemne con que fueron pronunciadas estas palabras, convenció al jóven de que declaraban la verdad: su primera impresion

fué de duda; pero en breve, desechándola por una transicion entusiasta, añadió:

—Que no vale para mí Leonor lo mismo pobre que rico! Oh! Dios mio! No os he dicho que vivir á su lado, hacerla mi esposa, protegerla en todo y respirar el aire que ella respire, son mi única felicidad? En un palacio lo mismo que en una cabaña, Leonor es mi ventura, mi vida! No creais que la noche haga variar mis intenciones, no; si obtengo de vos la mano de Leonor, os deberé la felicidad en la tierra.

—Cuanto decis es propio de un alma ardiente y enamorada, pero... y vuestro tío?

—Mi tío! murmuró Gustavo cambiando su expresion repentinamente, decis bien: necesito su consentimiento. Quanto tengo se lo debo á él que me recogió niño y me ha colmado de beneficios.

—Pues bien; él que apreciará sin duda el dinero en algo mas que vos, porque sabe el partido que de él se saca... creéis que dirá tambien: «qué mas dá un palacio que una cabaña?»

—No lo sé, dijo Gustavo con desaliento. Pero mi tío ha sido siempre tan bueno para mí que tengo motivo para esperar que ceda á mis súplicas, á mis razones. Yo le hablaré, yo le diré que mi tranquilidad, mi dicha, mi existencia dependen de este enlace... Cierto es que la revelacion que acabais de hacerme le sorprenderá... pero yo le convenceré, lo espero.

—Pues bien, dijo Mr. de Ullrichbecke levantándose para poner término á aquel diálogo,

Un noble.

si vuestra esperanza se realiza que venga á tratar conmigo de esta union, y cualquiera que sea la terminacion de este asunto nunca olvidaremos que os habeis conducido en esta casa como un hombre noble y leal. Partid ahora sin ver á Leonor, que no debe volverse á presentar ante vos hasta que esto haya tenido una solucion. Yo le diré hasta donde saber.

Y ambos con una mezcla de temor y de esperanza, el jóven y el anciano se estrecharon la mano separándose hasta el dia siguiente.

V.

Al dia siguiente Mr. de Ulierbecke estaba sentado cerca de una mesa, con el codo apoyado en ella y la frente en su mano. Debia estar sumido en profundas meditaciones; porque su mirada incierta vagaba en el espacio y su expresion no carecia de ansiedad.

Leonor entraba de vez en cuando, miraba por la ventana, volvia á salir, denotando que aguardaba alguna cosa con impaciencia: mucho mas que su rostro, poco acostumbrado al disimulo, dejaba adivinar lo que pasaba en su corazon.

Si hubiera podido adivinar los temores que atormentaban el alma de su padre, no hubiera estado tan alegre ni hubiera abierto con tanta rapidez su corazon á la esperanza; pero á su padre se le aumentaban sus temores, sobre

todo cuando ella estaba á su lado.

Por fin, cansada de entrar y salir, Leonor fué á sentarse al lado de su padre y fijó en él una mirada, que era una interrogacion.

—Tranquilízate, hija mia; hoy no podemos saber nada; mañana quizá... Modera tu alegría, ve acostumbrando tu alma á una mala nueva, por si Dios decide en contra de tu esperanza.

—Oh! no lo espero, padre mio: Gustavo me ama, su tio no tiene prevencion ninguna contra mí, estoy segura. Por qué, pues, temer una mala noticia?

—De modo, hija mia, que casándote con Gustavo, le juzgarás dichosa? dijo su padre sonriendo.

—No separarme nunca de su lado! Oh! padre mio, esa seria mi mayor ventura. Además, nuestro amor, nuestra dicha animarian la tristeza que reina de continuo en Grinselhof. Seríamos dos para hacer dichosa vuestra ancianidad, y Gustavo seria acaso mas fuerte. Os amará como un hijo, os rodeará de atenciones y cuidados, porque sabe que en la vuestra consiste mi ventura, y en cambio yo haré tan dichosa su vida... Oh! no lo dudeis: esta casa será un paraíso de amor!

—Pobre hija mia! murmuró Mr. de Ulrick lanzando un suspiro; quiera el señor oír tu ruego! Tú no sabes que el mundo está regido por leyes y costumbres, á las que por desgracia se someten los mas bellos sentimientos del corazón; una muger sigue la suerte de su marido, y ¿quién te dice, hija mia, que

Gustavo no elija otra morada para él y para tí?

La jóven miró á su padre con terror como no atreviéndose á dar crédito á sus oídos, hasta que al fin inclinó su rostro sobre el pecho, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sabia, Leonor, dijo entonces Mr. de Ulterbecke dulcemente, que iban á entristecerme mis palabras; pero debo irte acostumbrando á la idea de alguna contrariedad.

La jóven levantó entonces su rostro y repuso con entereza:

—¿Y creéis á Gustavo capaz de separarme de vos, de abandonaros en este desierto? Y me creéis á mí dispuesta á seguir á mi marido á las diversiones de la sociedad llevando en mi corazon el remordimiento de vuestro abandono? ¡Oh, no, padre mío! Amo á Gustavo con toda mi alma; recibiria su mano y su nombre como el mayor beneficio de Dios; pero si me dijera: «Sígueme, deja á tu padre,» le rechazaría y lloraria eternamente en vuestros brazos mi desventura.

Permaneció unos instantes pensativa y murmuró despues:

—Dudais del afecto que Gustavo os profesa? ¡Oh! no le conoceis. Es bueno, es generoso y os ama: no sabeis los tesoros de amor y de bondad que encierra su corazon!

Mr. de Ulterbecke atrajo á sí á su hija y depositó un ósculo en su frente: aquel ósculo iba á ser introduccion de mil varias reflexiones, pero la impaciente niña no le dió tiempo; corriendo de nuevo á la ventana.

Trémula, anhelante, escuchó un rumor lejano: el rumor fué haciéndose mas distinto, y el pisar de dos caballos y el chocar de las ruedas en las piedras del camino no dejaron duda á la jóven de que un carruaje se acercaba.

A los pocos minutos Mr. Denecker bajaba del coche á la puerta de casa de Leonor.

Parecia el negociante de excelente humor aquel dia y estrechó la mano de su amigo, exclamando:

—¡Ob... Mr. de Ulierbecke, cuánto celebro volver á veros! No direis que mi sobrino no ha sabido aprovechar el tiempo.

Mientras el dueño de la casa le conducia á otra habitacion, el negociante repuso dándole familiarmente en el hombro:

—Nosotros éramos buenos amigos, pero ahora vamos á serlo mucho mas. Mi sobrino es muchacho de muy buen gusto: no olvideis, Mr. de Ulierbecke, que de esta boda se habla en diez leguas en contorno.

Habían llegado entretanto á la habitacion á donde se dirigian y tomando asiento en ella, el negociante con ruda familiaridad y el noble con el corazon henchido de esperanza.

—Pues como os decia, mi sobrino quiere precipitar las cosas, y es natural. Impaciencia de enamorado! Hé aqui por qué compadecido de él he venido hoy mismo sin tomarme un dia siquiera, que yo le hubiera querido para que él lo pensase mejor... Me ha repetido mas de diez veces que cuenta con vuestro consentimiento, y como esto á la verdad era lo espi-

noso, porque la desigualdad de cuna pudiera ser un obstáculo para vos...

—Es decir que Gustavo asegura que yo consiento en su matrimonio con Leonor?

—Habrá faltado á la verdad? dijo monsieur Denecker sorprendido.

—No por cierto, pero al mismo tiempo ha debido haceros una comunicacion importante.

Su interlocutor movió entonces la cabeza sonriendo, y dijo con incredulidad:

—Bah! Quién quereis que dé crédito á esas niñadas? Gustavo, que es un alma cándida, ha podido creer... pero de seguro que á mi no me sostendreis lo mismo que á él. ¡Vos en la miseria! Creo que tendreis mejor opinion de mí y no creereis que doy crédito á esa invencion.

Un frio glacial corrió por las venas de Mr. de Ulierbecke al oir esta estraña respuesta; guardó silencio un instante y despues dijo con tranquila dignidad:

—No dudeis, Mr. Denecker, de cuanto ha dicho á vuestro sobrino. Su inclinacion me satisface, la union de ambos seria mi ventura; pero antes de entregarle la mano de Leonor, debo declarar solemnemente que somos pobres, muy pobres.

—Vamos, yo comprendo que para un hombre económico como vos, no debe ser agradable desprenderse para su hija de una parte de su fortuna... Pero qué diablos! No teneis mas que esa. ¿Quereis que diga la gente que vuestra avaricia llega hasta el extremo de casar sin dote á vuestra hija?

El anciano, entre irritado y ofendido, procuraba dominar las angustias de su corazón y conducir aquel negocio siempre en el terreno de la amistad: así, pues, prosiguió con acento suplicante:

—Por favor, evitad alusiones dolorosas. Juro por mi honor que no poseo nada en el mundo.

—No, eh? Vamos á probarlo con un papel y un lápiz. Y no creias, amigo, que me lleva á esta minuciosidad el deseo de vuestros bienes; á Dios gracias los chicos no necesitan por ahora mas que mi apoyo... pero ya veis, el matrimonio es un negocio respetable que llevan á cabo dos personas, y es justo que cada una lleve algo á la caja comun, aunque las cantidades no sean iguales.

—¡O...! Dios mio/ murmuró el noble para sí.

—Yo doy á mi sobrino una suma de cien mil francos, y si quiere continuar en el comercio, mi crédito le valdrá mucho mas que eso. No trato de que doteis á Leonor de un modo semejante, porque su elevado nacimiento y sus gracias suplirán la escasez de dote... pero siquiera la mitad... Cincuenta mil francos. Qué os parece? Cerramos el trato?

Pálido y anonadado el noble anciano murmuró:

—Mr. Denecker, este diálogo me asesina... no le prolongueis; os repito que no poseo nada en el mundo, que estoy arruinado! Esta misma casa en que vivo, esas posesiones que como mias conoceis están empeñadas en mas

—53—

de su valor, y en breve pasarán á otras manos... inútil es que os revele el origen de mi ruina... basteos saber que es noble y digno! Ahora en vista de esta confesion decidid vos.

Esta declaracion hecha con tal acento de desconsuelo, no dejaba duda de que era la verdad. Entonces Mr. Denecker repuso con asombro:

Yo no podia figurarme... Pero quién me asegura de que no tratais por ese medio de reducir la cantidad!

—Oh! todavia! repuso el noble, y levantándose con estremecimiento convulsivo sacó de un cajon un rollo de papeles y dijo á su interlocutor:

—Leed.

El comerciante comenzó á recorrer los papeles, y á medida que su vista iba pasando por ellos iba cambiando por completo su expresion.

—No queriais creermel! Pues bien, convenios. Hay además de eso una letra de cuatro mil francos que no puedo pagar... Ya veis que soy mas que pobre: tengo deudas!

—Cierto... dijo atónito Mr. Denecker; segun estas copias de escrituras, mi notario es tambien el vuestro... y no poseeis nada!

—Ahora, dijo el noble respirando libremente, ya que no dudais cuál es mi situacion, resolved de nuestro asunto: cuáles son vuestras intenciones?

—Mis intenciones? Mis intenciones son que como siempre seamos buenos amigos... Pero

en cuanto al patrimonio, no hablemos mas de él: es asunto perdido. Y permitidme que os diga que no habeis estado todo lo leal posible al querer dargato por liebre...

—Caballero! exclamó el noble trémulo de ira. Rica ó pobre, no olvideis quién es mi hija!

—No os enojeis, no trato de injuriarla, y si al fin hubiéseis logrado vuestras miras, yo hubiera sido el primero en admirar vuestra sagacidad. ¿Cómo se esplica si no el haber permitido que mi sobrino se fuera apasionando cada vez mas de vuestra hija?

—Oh! murmuró Mr. de Ulierbecke; podrá haberme estraviado el amor de mi hija; de mi hija, á quien Dios ha concedido bienes que valen mas mil veces que la riqueza...

—Para un aristócrata como vos, quizá; pero nunca para un comerciante.

—Por lo demás, si vuestro sobrino, que es un jóven noble y generoso, se ha ido aficionando cada dia mas á Leonor; si ayer mismo no creyó ver un obstáculo en la revelacion que le hice, no acuseis á nadie: ha sido la fatalidad, ó mas bien la Providencia, la que ha unido sus corazones.

—Ciertamente, y sin mi escrupulosidad para examinar siempre los negocios antes de concluirlos, la providencia, segun vos, hubiera hecho que mi sobrino cargase con una mercancia averiada...

Este modo grotesco de hablar indignó de tal suerte á Mr. de Ulierbecke, que poniendo-

Un noble.

se en pié y con la entereza propia de su carácter, replicó:

—De qué mercancía hablais, caballero? Es de mi hija? Pues sabed que no hay en todas vuestras arcas dinero con que pagar semejante mercancía! Si su hermosura, si sus virtudes, si su candor nada valen á vuestros ojos, recordad que se llama Ulierbecke, y este apellido vale mas aun en la miseria, que todos vuestros doblones!

—No, no os enojeis! A qué conducen tantas palabras? Nada, terminemos con la promesa que exijo de vos de que no volvereis á dejar entrar á Gustavo en esta casa. Si no...

—Basta! Salid. Vuestro coche os espera.

Y acompañó á su interlocutor hasta el dintel de la puerta donde cambiaron un frio saludo.

Mr. de Ulierbecke volvió al salon y cayó sobre una silla escondiendo el rostro entre las manos, mientras un gemido ahogado se escapaba de su pecho.

Algunos instantes permaneció en esta postura y despues levantó su rostro pálido como un muerto, y murmuró:

—Pobre Leonor mia! Aun no he sufrido lo bastante! Aun me falta el espectáculo de su dolor, aun me queda el martirio de arrebatar sus esperanzas, de destrozarle el corazón! Ah! Si pudiera evitarle esta nueva fatal! Si encontrase un medio...

Una amarga sonrisa entreabrió sus labios y prosiguió:

—No, ahoga tu dolor, sonrie á tu hija, trata

trata de inspirarla la resignacion que no tienes... Ese es tu deber! Dios mio, oigo pasos: ella es! Dios me dé valor!

Leonor en efecto abria la puerta del salon y corrió á los brazos de su padre fijando en él una mirada llena de ansiedad.

Por hábil que fuese Mr. de Ullerbecke para dominarse, la descomposicion de sus facciones no pudo menos de ser observada por su hija que murmuró con acento trémulo:

—Qué hay, padre mio?

—Malas nuevas, hija del alma! Dios nos prepare golpes muy rudos... Inclínemos la frente ante su omnipotencia.

—Qué quereis decir? qué debo temer? Ha rehusado?

—Ha rehusado!

—Oh! No, no, padre mio: es imposible!

—Ha rehusado porque él es muy rico y nosotros á su lado unas pobres gentes.

—Pero es cierto? No hay esperanza para mí?

—No hay esperanza!

Un grito agudo se escapó de los lábios de la jóven que cayó en una silla dejando correr largo rato sus lágrimas.

Su padre la contemplaba con dolorosa angustia, y su mirada, ardiente de continuo, estaba triste y sombría. Acercándose por fin á su hija, exclamó con acento cariñoso:

—Leonor, hija mia; no te aflijas asi. Qué vá á ser de mí entonces? En esta fatal entrevista con monsieur Denecker he sufrido cuanto es imaginable, cuantos tormentos...

zar el alma de un padre y de un hombre honrado... Y sin embargo, todo esto no me ha parecido mucho al lado de tu dolor. Oh! yo te lo suplico: tranquilízate, enjuga esas lágrimas, déjame contemplar risueño ese bello rostro que yo amo tanto... Leonor, hija del alma... Ah! mi cabeza se pierde y moriré de desesperación.

Y al terminar estas palabras cayó exánime en una silla al lado de su hija. Leonor entonces apoyó su frente en el hombro de su padre, y dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—Ah! no volverle á ver! Renunciar á su amor, á la dicha que he acariciado tanto tiempo!

—Por favor!

—Sí, sí, decis bien, padre mio. Pero este horrible pensamiento... Gustavo! Gustavo! Oh! Yo tendré valor, yo procuraré no entristecer con mis lágrimas vuestra ancianidad.

Mr. de Ulierbecke estrechó á su hija contra su seno y dejó correr en silencio sus lágrimas.

VI.

Cuatro dias habían pasado desde aquel en que Mr. Denecker rehusó su consentimiento al matrimonio de Gustavo y Leonor, cuando un carruaje de alquiler se detuvo con sigilo en las cercanías de Grinselhof.

Un jóven saltó de él, indicó al cochero un sitio cercano y oculto donde pudiera aguardar, mientras él se dirigia á la entrada de la posesion, víctima al parecer de una gran agitacion, y á veces deteniéndose como asustado de sus propios pensamientos.

Caminaba con precaucion, ocultándose bajo el follage que se estendia sobre las tapias de Grinselhol: llegado á un punto donde descubrió la puerta, se escapó de su pecho un grito de alegria. La puerta estaba entreabierta.

Deslizóse por ella y por las calles del parque, buscando los sitios mas sombríos, cuando al cabo de algunos minutos de marcha se detuvo trémulo y agitado.

Leonor estaba sentada bajo el roble que conocemos, y apoyaba el codo en la mesa y el rostro en su mano: agitados sollozos se escapaban de su pecho, y lágrimas ardientes surcaban sus mejillas, algo mas pálidas que de costumbre.

El jóven avanzó con paso rápido, pero tan silencioso, que él mismo no advertia el ruido de sus pasos: no obstante, la jóven volvió su rostro y el nombre de Gustavo se escapó de sus labios como un grito de angustia. Quiso huir, pero antes que hubiera podido dar un paso, el jóven estaba á sus pies y la detenia, estrechando una de sus manos.

—Leonor, Leonor, murmuraba; no me rechazais, no me negueis un último consuelo! Vengo á despedirme, vengo á daros el último

adios! Vengo á deciros que parto con el corazón destrozado á otros países: que dejo mi patria y en ella todo cuanto amé!... No me rechaceis, no me rechaceis!

Aunque Leonor estaba profundamente conmovida, sus facciones tomaron una espresion de dignidad ofendida, y replicó:

—Me asombra vuestra osadia, caballero! Valor se necesita para volver á pisar estos sitios despues del ultrage inferido á mi padre y á mí. Mi padre está enfermo, una fiebre maligna que le tiene preso en el lecho ha sido el resultado de tantos sufrimientos... Merecia ser recompensado asi mi cariño?

—No me amais, Leonor. Qué crimen he cometido? Solo el de amaros.

—Nada hay ya de comun entre nosotros; si vuestra riqueza os separa de mí, mi dignidad me separa de vos: salid; no debo volver á veros.

—Por piedad! Soy inocente Leonor.

La jóven volvió el rostro para ocultar las lágrimas que se agolpaban á sus ojos y dió un paso para alejarse.

—Cruel! prosiguió Gustavo. Me dejais para siempre sin darme una sola palabra de consuelo! Permaneceis insensible á mi ruego, á mi dolor! Está bien, sufriré mi suerte... Vos lo quereis.

Y se levantó bruscamente cayendo en una silla y escondiendo el rostro entre las manos. Leonor no hizo un movimiento, no dió un paso para acercarse á él y el jóven prosiguió:

— Sed feliz sin mí! Eso os será fácil. Ahora adios, adios para siempre!

Leonor luchaba entre dos afectos contrarios: por una parte su deber la mandaba alejarse; por otra el amor la retenia, y esta lucha de afectos se leia distintamente sobre su rostro. Por fin se acercó lentamente al jóven y murmuró con voz ahogada por los sollozos:

—Gustavo, amigo mio, qué desdichados somos!

Al eco cariñoso de esta voz querida, el jóven pareció revivir: sus ojos se clavaron en los de su amada, y lleno de alegría exclamó:

—Leonor, Leonor querida, ahora os reconozco; ahora que teneis piedad de mis sufrimientos! Verdad que no os soy aborrecido?

— Oh! no. Creeis que un amor como el nuestro pueda nunca convertirse en ódio?

—Imposible! exclamó el jóven con exaltacion. Un amor como el nuestro es eterno! Verdad, Leonor? Eterno, interin el corazon palpita en nuestro pecho.

Leonor inclinó la cabeza, bajó los ojos, y repuso con acento solemne:

—No creais, Gustavo, que esta separacion me hace sufrir menos que á vos, y si la seguridad de mi cariño puede dulcificar en algo vuestra suerte, llevàosla. Mi corazon guardará perpétuamente vuestro recuerdo, y si Dios no permite al fin que nuestras almas se unan en la tierra, en el cielo se enlazarán y vivirán felices.

—Os engañais, Leonor. Tenemos aun una

esperanza: mi tío no es inexorable, y cederá al fin á mis ruegos y mi desesperacion.

—Y creéis que mi padre dará igualmente al olvido sus resentimientos? Alejaos, Gustavo; por harto tiempo he desobedecido ya las órdenes de mi padre, que me prohibían volver á veros, y desconocido lo que debo á mi decoro permaneciendo sola con vos. Salid!

—Un solo instante, mi querida Leonor! Debo deciros todo lo que ocurre. Mi tío se opone á nuestra union; yo he suplicado, he llorado... Nada ha podido vencer su resistencia. Entonces la desesperacion me ha hecho desconocer por un instante el respeto que debo á mi bienhechor, y me he vuelto contra él; he llegado hasta á amenazar, lo que al fin ha dado por resultado tener que arrojarme á sus pies y pedirle perdón, sometiéndome á cuanto quiesiera hacer de mí. Mi tío es bueno, me ha perdonado, pero con la condicion de que emprenderia al punto y sin resistencia un viaje á Italia, proyectado hace mucho tiempo, y al cual me acompaña. He accedido: sin duda espera que en este viaje lograré olvidaros; pero en él por el contrario me propongo rodear á mi tío de cuidados, de cariño, y al fin venceré, en recompensa de mi abnegacion, su resistencia.

Una dulce sonrisa animó el rostro de la jóven, y en su límpida mirada se pintó la gratitud hácia quien de este modo le presentaba una dicha posible: no obstante, replicó con amargura despues de una pausa;

—Vuestro tío cederá acaso; pero y mi padre?

—Vuestro padre? Vuestro padre me perdonará y recibirá en sus brazos como á un hijo.

—No, Gustavo, perdonará el ultraje como cristiano, pero como noble no olvidará el agravio recibido.

—Sois injusta con él, Leonor! Si vuelvo con el consentimiento de mi tío, y le digo: «De vos ahora depende nuestra dicha/ Yo haré feliz á Leonor; yo la daré una vida llena de cuantas emociones constituyen la dicha de la muger en la tierra...» Cuál creéis que será su respuesta?

Leonor bajó los ojos.

—Le conoceis, Gustavo; su bondad es infinita, y mi ventura es su única preocupacion.

—Pues bien, y veis que no está todo perdido. Aun ilumina un rayo de esperanza nuestro porvenir. No desconfieis, dejadme llevar en mi triste viaje la seguridad de que me aguardais poniendo vuestra confianza en Dios. Asi, pues, no os olvidéis de mi en vuestras oraciones, pronunciad mi nombre alguna vez bajo estas frondosas enramadas que han oido nuestros juramentos de amor, y donde por espacio de dos meses me he considerado el mortal mas venturoso de la tierra. En cuanto á mí, vuestro recuerdo me dará valor para soportar esta ausencia...

Leonor lloraba silenciosamente. Toda su dignidad, toda su altivez, se habia estrellado ante el apasionado acento de Gustavo.

—Parto, Leonor, dijo este, pero parto con la firme esperanza de volver á realizar nuestros deseos. Desde ahora ni el pesar ni las contras

Un noble.

riedades abatirán mi fortaleza... No es verdad que pensareis en mí todos los dias?

— Oh! Pensar en vos cuando habia prometido á mi padre olvidaros!

— Olvidarme! Y os atreveréis á hacerlo?

— No, Gustavo; por primera vez en mi vida desobedeceré á mi padre y os amaré, os amaré hasta el último instante de mi vida. Este es mi destino sobre la tierra y es mas fuerte que mi voluntad.

— Oh! Gracias, gracias! Tus dulces palabras me hacen fuerte contra las circunstancias. Quédate aqui bajo la proteccion de Dios y de tu padre; tu imagen irá conmigo, y nunca, nunca se apartará de mí. Adios, adios!

Y cogiendo convulsivamente las manos de la jóven, las estrechó con exaltacion febril y desapareció por la calle misma por donde habia llegado.

— Adios, Gustavo, adios, murmuró Leonor, y cayó sobre una silla, vertiendo un torrente de lágrimas.

VII.

Leonor no tardó en revelar á su padre la entrevista con Gustavo, y habia hecho todos los esfuerzos que le sugirió su imaginacion para desenojar á su padre; pero este habia escuchado todo este relato como insensible, sin que

una frase acudiese á acrecentar la esperanza de su hija.

Desde entonces Grinselhof pareció entristecerse aun mas. El anciano, visiblemente atormentado por su secreto dolor, permanecía largas horas con la frente apoyada en su mano y la mirada fija en el suelo. El día del cumplimiento de la letra, que se acercaba mas y mas, le tenia en tan triste estado.

Leonor por su parte, disimulaba sus propios pesares pero no acrecentar los del anciano, y aunque su alma guardaba horribles amarguras, su rostro aparecía jòvial. Habia vuelto á sus distracciones de niña, sobre todo cuando su padre estaba presente, é inventaba mil juegos para distraerle... pero inútilmente... nada era bastante á disipar ~~la~~ ^{el} peso de pesar que cubría su frente.

A veces Leonor, con lágrimas en los ojos, preguntaba á su padre la causa de su dolor, pero aquel sabia siempre evitar toda explicacion y pasaba los dias discurriendo por el jardín; si Leonor lo apercibia de lejos observaba en su rostro una espresion de angustia ó de desesperacion, y si se acercaba con solícito cariño apenas obtenia alguna frase vaga, separándose de ella el anciano para buscar de nuevo un refugio en la soledad.

Un mes entero trascurrió así.

Al cabo de él la tristeza y el abatimiento de Mr. de Ulierbecke habian llegado hasta producir una alteracion visible en su salud, y ya entonces Leonor no tuvo duda de que un triste

secreto minaba la existencia de su padre. Llegó á convencerla de esta verdad el observar que á su apatía sucedió una profunda agitacion que le hacia proferir en palabras inconexas accionando solo de modo violento. Además de esto todas las semanas iba dos ó tres veces á Amberes, cosa rara en él que, apenas visitaba la ciudad, y cuando volvía silencioso y resignado, hacia recoger á su hija mientras él pasaba gran parte de la noche con la lámpara encendida. Leonor desde su lecho observaba todo esto, y los pasos de su padre paseando por la estancia con agitacion la estremecian involuntariamente de terror.

Cada dia mas resuelta la jóven á penetrar aquel misterio, estaba decidida á poner en juego todos los medios que estaban á su alcance, puesto que su padre tenia un cuidado especial en evitar sus preguntas.

Un dia Mr. de Ulierbecke partió á primera hora para la ciudad.

La mitad del dia habia pasado, y Leonor, victima de tristes reflexiones, vagaba por la casa de una pieza en otra sin conseguir calmar su impaciencia: de vez en cuando se detenía y enjugaba sus lágrimas, y de este modo se encontró en el gabinete de su padre: sin saber cómo habia llegado hasta allí. Maquinalmente, ó mas bien con ánimo de penetrar el secreto que le atormentaba, tiró del cajon de una mesa en la cual escribia siempre su padre. Un solo papel desdoblado habia en aquel cajon.

Apenas su mirada se fijó en aquel papel, una

palidez mortal cubrió su rostro, y cerró de nuevo el cajon con espanto, corriendo á su habitacion sin poder contener los sollozos que se escapaban de su pecho.

—Vender á Grinselhof? Por qué? Qué horrible secreto es este! Pere ya comprendo... Dios mio, qué rayo de luz! Mr. Denecker se opuso á mi union con su sobrino porque no éramos ricos... Seria una miseria próxima la causa de la tristeza de mi padre?

Permaneciò largo rato pensativa, hasta que al fin sus ojos se animaron y su espresion manifestó una resolucion tomada.

Mientras formaba indudablemente un plan, el ruido de un carruaje que entraba en Grinselhof la hizo tender la vista por la ventana, á apercibió á su padre triste como siempre, con la cabeza inclinada sobre el pecho y su rostro cubierto de una palidez mortal.

La jóven no tuvo valor para salir á su encuentro, y permaneciò en la sala, en la cual entró á poco su padre, dirigiéndose lentamente á su habitacion.

La jóven le dejó pasar sin proferir una palabra, pero al cabo de un instante sus ojos se animaron, su frente se cubrió de vivo carmin, y dirigiéndose resueltamente al cuan to de su padre esclomó:

—Un sentimiento de respeto debe por mas tiempo detenerme? Debo dejar morir á mi padre sin tratar de remediar la causa que le asesina?

Lanzóse vivamente al cuarto de su padre y

allí encontró á este como siempre, con la frente apoyada en su mano.

—Padre, padre mio, tened piedad de mí! dijo la jóven cayendo á sus pies bañada en llanto. Comunicadme vuestro pesar, decidme lo que os tiene así, y dejadme al menos llorar con vos.

—Leonor, único tesoro que me resta sobre la tierra, te hago sufrir, no es verdad? Oh! ven, busca en mi seno un asilo y ten valor; un golpe terrible nos aguarda, pobre niña!

La jóven, sin fijarse al parecer en estas frases, y fija siempre en su resolución adoptada, se esquivó de los brazos paternos y repuso:

—Padre mio, he venido aquí con el firme propósito de conocer la causa de vuestros pesares, y no me separaré de vos sin que me digais cuál es la desgracia que me priva de vuestro amor. Por grande que sea el respeto que os profeso, el deber habla mas alto aun en mi alma, y mi deber es averiguar lo que os atormenta y os aleja de mi cariño.

—Tú, tú privada del amor de tu padre! La causa de mis sufrimientos es precisamente mi amor por tí, hija adorada! Durante diez años he soportado mis dolores y he apurado resignado mi cáliz de amargura, porque ese cáliz no se estendiera hasta tí, pero ahora...

—Ahora! me aguarda alguna desgracia, padre mio?

—Te aguarda la miseria! El golpe que nos prepara la suerte va á despojarnos hasta de Grinselhof, al que tendremos que abandonar.

Estas últimas frases que confirmaban los temores de Leonor, parecieron dejarla un momento consternada, pero al punto dominó su emoción y dijo con entereza:

—No es eso solo lo que abate vuestro valor. Conozco vuestra grandeza de alma, y ese solo golpe no os haría languidecer hasta el extremo que miro; solo la idea de que esa miseria tengo que participarla yo, es lo que hace oscurecer vuestra frente. Bendito seáis, padre mío, por vuestro amor! Pero decidme, ¿tan apegada á las riquezas creéis á vuestra hija? Si ahora vinieran á ofrecerme todos los bienes de la tierra á condicion de veros sufrir un solo día? ¿qué creéis que respondería yo?

Un elocuente abrazo de su padre conmovido fué la única contestacion que recibió.

—Ah! continuó la jóven, despreciaría todos los tesoros y compartiría gozosa la miseria con vos. No hariais vos lo mismo si os ofrecieran las minas de California sin mí?

Hija, hija de mi vida! exclamó el noble anciano sin poder dominar su emoción.

—Así, padre mío, así! Si Dios es tan bueno que nos permite arrostrar juntos la fortuna ó la desgracia, á qué quejarnos? Valor, padre mío! Sea la que quiera la suerte que nos aguarde, vayamos á parar á un palacio ó á una cabaña, nada podrá abatirnos mientras estemos uno al lado de otro.

Una sonrisa llena de ternura y admiracion iluminó el rostro de Mr. de Ulierbecke, que exclamó:

—Leonor, hija mia, eres un ángel!

El pecho de la jóven se dilató al ver que habia vencido y que el rostro de su padre iba recobrando toda su tranquila dignidad. Leonor contempló un instante con celestial sonrisa el efecto que sus palabras iban produciendo en el noble anciano, y prosiguió con tono inspirado:

—Venid á mis brazos, padre mio! No mas pesares, no mas abatimiento! Unidos asi, la suerte nada puede contra nosotros.

En aquel instante parecian haber olvidado el mundo entero: sus almas habian volado á otra region superior.

El anciano aun mas conmovido que su hija, murmuró con lágrimas en los ojos:

—Nueva sangre reanima mi corazon! Nueva vida circula por mis venas! ¡Oh! soy muy culpable, Leonor! He dudado de tu fortaleza, te he ocultado nuestra situacion y es que aun no te conocia bastante: perdóname; ignoraba los tesoros de amor y abnegacion que encerraba tu alma! Ahora vas á saberlo todo: se acerca una época fatal y debo revelarte el secreto de nuestra desgracia. Es una triste revelacion, hija mia!

La jóven satisfecha al ver la animacion que habia logrado inspirar á su padre, replicó con voz cariñosa:

—Abridme completamente vuestro corazon: yo reclamo mi parte en vuestros dolores.

El anciano tomó solemnemente una mano de su hija y exclamó:

—Toma tu parte en mis sufrimientos y ayúdame á llevar mi cruz! Voy á ref rirte una historia triste... pero no temas, en ella no hay nada de que tu padre tenga que avergonzarse.

Dejó la mano de su hija y despues de una pausa comenzó con lentitud su relato:

—Eras aun muy niña, Leonor, pero cariñosa y buena como ahora, y como ahora formabas la alegría y la dicha de tus padres. Habítamos la casa heredada de mis antecesores sin que nada en ella viniese á alterar la paz que disfrutábamos.

Tenia yo un hermano mas jóven, que vivia en la ciudad y en ella se unió á una jóven de cuna y de fortuna aun mas elevadas que las suyas. Esta quizá arrastrada por la ostentacion á que estaba acostumbrada, le obligó á intentar medios mas positivos de especulacion: lo cierto es que mi pobre hermano comprometió toda su fortuna en los fondos públicos... Tú ignoras lo que eso es, Leonor mia; es un juego fatal que en un Momento nos lleva á la esplendidez ó á la ruina; un juego que, como por mágia, nos arrebatara cuanto poseemos.

Mi hermano empezó con suerte sus negocios y aun puso su casa bajo un pié que causaba envidia á los mas poderosos. Frecuentemente venia á vernos á Grinselhof, y siempre te traia algun presente que atestiguaba su cariño.

Al ver la pendiente en que se precipitaba, me atrevi á indicarle lo arriesgados que me parecian sus negocios; pero como la suerte le

Un noble.

favorecia en ellos, su obstinacion crecia y mis consejos perdian su valor.

Por fin un dia la fortuna que parecia sonreirle, le abandonó y perdió una parte de sus bienes; no se desanimó con este revés y prosiguió con mas obcecacion sus operaciones, creyendo que la suerte volviera de nuevo á serle propicia... ¡fatal error!

Una noche de invierno, ¡aun tiemblo al acordarme! estaba yo en este salon disponiéndome á recogerme: tu estabas ya en el lecho y tu madre oraba á tu cabecera como tenia por costumbre. Una tempestad horrible bramaba sobre nuestras cabezas, y el huracan estremecía las paredes, haciendo vibrar los cristales de las ventanas.

De repente, un campanillazo dado en la puerta del parque, nos estremeció y nos hizo fijar la atencion en un carruaje que pasaba. A los pocos momentos una mujer entró en esta estancia y cayó á mis pies deshecha en llanto... ¡Era la mujer de mi hermano!

Trémulo de sorpresa y de terror, quise hacerla levantar, comprendiendo desde luego en su accion y en sus palabras la proximidad de una espantosa desgracia...

Tu madre, que entró al punto, me ayudó á consolarla, y entre los dos logramos que se tranquilizase, y entonces nos refirió que mi hermano habia perdido todo cuanto poseia, y que viéndose comprometido y que la justicia iba á intervenir en sus negocios, el infeliz trataba de atentar á su vida. Su desgraciada es-

posa, guiada sin duda por Dios, le habia sorprendido en el instante de su criminal intento, y habia logrado dejarle encerrado y sin armas mientras venia á darnos parte de lo que ocurria.

Un pensamiento ocurrió á mi mente en el mismo instante... pero vacilé. Yo no era solo, mi fortuna pertenecia á mi muger y á mi hija. Tu madre comprendió en mi semblante la lucha que mi alma sostenia, y en un impulso de su generoso corazon exclamó:

—Sálvale! No te detengas; apruebo cuanto quieras hacer.

Un cuarto de hora despues, sin temor á la tempestad, el coche nos llevaba á la ciudad á la muger de mi hermano y á mí.

Palideces, Leonor! Era en efecto horrible aquel corto viaje, luchando con la tempestad desencadenada y llevando la angustia en el corazon!

Inútil es pintarte el estado de desesperacion en que encontré á mi hermano, y muy difícil hacerte comprender lo que me costó abrir su corazon á la esperanza. Un solo medio habia de salvar su honor y su vida... Pero qué medio, Dios mío! Comprometer casi toda mi fortuna para pagar las deudas de mi hermano, hasta el dote de tu madre, todo tu porvenir, hija del alma! Mi hermano no se atrevia á exigir de mí semejante prueba de amor, y yo mismo vacilaba en dársela.

—Y sela negasteis, padre mío? exclamó Leonor sin poderse contener.

Una sonrisa de satisfaccion fué la respuesta de su padre, que continuó:

—No, Leonor; yo amaba á mi hermano; pero te amaba mas y tí; y lo que me pedia era la miseria para ti y para tu madre...

—Acabad, padre, acabad, dijo la jóven con ansiedad.

—Por fin la generosidad pudo mas en mí y lo salvé. Fui á buscar á los principales acreedores, comprometí con mi firma mis propios intereses en pago de los créditos de mi hermano, y firmé al mismo tiempo tu ruina.

—Gracias, gracias, padre mio. Dios habrá bendecido vuestra generosa accion.

Y rodeó sus brazos al cuello de su padre, depositando un beso en su frente.

—Me elogias por haber obrado así? gracias, hija mia. Es sin embargo, la única accion de mi vida que te perjudica.

—Ah! si hubiérais obrado de otro modo por consideracion á mí, tendria yo ahora un remordimiento. Por el contrario, así tengo doble motivo de amaros: es tan hermoso salvar la vida de un hermano!

—El mundo no piensa así. El mundo no perdona la pobreza al que nació en noble cuna! Tiene que espiar esta desgracia como un crimen, y si debe se le exige el pago con doble apremio, y si carece de lo mas preciso escita la compasion cuando no la burla de ellos que aun tienen menos que él. Sus iguales le huyen por no verle comprometidos á remediar su miseria; sus inferiores se rien cuando no le insultan.

tan, como si su caída fuese para ellos una venganza satisfecha. Dichoso aquel que en medio de tantos dolores tiene al menos como yo un ángel que le consuela en su desesperacion! Pero prosigo, hija mia. Mi hermano se salvó, y el secreto mas profundo ocultó lo que yo habia hecho por él. Dajó su pais, partió á América, y desde entonces gana con el sudor de su frente el preciso sustento. Su mujer murió!

En cuanto á nosotros, nada poseemos. Grin-selhof, asi como todas las demás propiedades que nos pertenecian, fueron hipotecadas, y yo mismo me ví precisado á contraer deudas, privado como lo estuve desde entonces de los rendimientos de mis bienes.

Cuando tu madre supo la estension del sacrificio que acababa de hacer, no me dirigió la menor queja; aprobó por el contrario mi conducta; pero pasada la primera impresion, cuando empezamos á carecer de nuestras comodidades, cayó en una melancolia mortal.

Horrible situacion! Por ocultar la ruina de de mi hermano y no comprometer el nombre de nuestros mayores, íbamos privándonos de todo para satisfacer las letras segun iban cumpliendo. En breve fuimos prescindiendo de algunos criados, siguieron á ellos los caballos y carruajes de lujo y olvidamos el camino que conducia á casa de nuestros amigos, porque ellos no viniesen á observar nuestra miseria creciente cada dia. Sin embargo, nuestro cambio de costumbre se observó en el pais, y una acusacion ofensiva se levantó contra mí: se me

acusó de avaricia, se dijo que privaba á mi muger y á mi hija hasta de lo preciso con el fin de aiesorar... Tu madre y yo oimos estos rumores con desden y aun abrazamos con alegría este disfraz de nuestra miseria.

Llego por fin, Leonor, al suceso mas triste de mi relato. Tu pobre madre fué languideciendo por momentos, y en breve su salud principió á darme cuidado, hasta el punto de comprender que iba á perder para siempre á quien amaba como á mi vida. Lloras, Leonor? Ten ánimo hasta el fin! Ella tambien lloraba mucho, y mas cuando se fijaba en tu rostro infantil. Por fin cuando ya el Médico cedió su lugar al sacerdote y mas que persona parecia ya un cadáver, sus ojos se animaron con un último destello, y llamándome por mi nombre, último esfuerzo de su alma, me dijo con voz clara y distinta:

—¡Adios para siempre! Muero infeliz porque llevo conmigo la conviccion de que mi hija será desgraciada sobre la tierra.

No sé entonces lo que acerté á decirle; pero sé que mis palabras lograron tranquilizar su espíritu, porque en ellas le afirmaba que tu existencia seria tranquila y dichosa. A estas palabras una sonrisa celestial animó su rostro... ¡Una hora despues tu no tenias madre; ye no tenia esposa!

El noble anciano inclinó la cabeza sobre el pecho, y una pausa prolongada dejaron correr el padre y la hija entre silenciosas lágrimas.

Por fin Leonor ocercó su silla á la de su pa-

dre y trató de consolarle con sus caricias. Mr. de Ulierbercke, como si hubiese vencido lo mas deloroso de su relato, prosiguió con acento mas firme:

—Lo que resta ya es muy poco. Muerta tu madre, quedé en Grinselhof solo contigo y con una promesa hecha á una moribunda. ¿Qué hacer para cumplirla? Abandonar mi patrimonio y marchar á un pais extraño á trabajar para sustentarnos, era condenarte desde luego á mayor estrechez de la que teníamos. Consagráme, pues, á vivir aun con mayores economias y á cultivar tu inteligencia, para que ella, unida á las gracias naturales con que Dios te habia dotado, hiciesen de tí una perfeccion, que con la nobleza de tu cuna, formasen de tí una jóven perfecta, que un hombre rico se enorgulleceria de llamar su esposa. Durante diez años, hija mia, esta ha sido mi única esperanza, y un matrimonio ventajoso para tí es todo el bien que yo pedia á Dios en mis oraciones.

Grandes han sido mis amarguras en estos diez años viendo correr los dias sin esperanza, comprendiendo que se acercaba el plazo en que deberia ser pública nuestra ruina, pasando los dias en cultivar tu inteligencia y las noches en ocultar los desperfectos que el tiempo hacia en mi casa y en mis ropas... No, no te aflijas, Leonor: en medio de mis infortunios Dios me concedia un bálsamo bienhechor... Una sonrisa de tus lábios compensaba todos mis infortunios, porque tu sonrisa era

siempre hijo de la serenidad y el reposo. Tu madre al menos dormía tranquila en su tumba! Por último creí que Dios había escuchado mis súplicas. y la inclinación que advertí entre Gustavo y tú llenó mi corazón de alegría: semejante matrimonio hubiera sido la felicidad para tí.... Pero ah! Cuando como noble y leal hice conocer á Mr. Denecker el estado de mis negocios opuso una firme resistencia al deseo de su sobrino y como si este golpe que destruía mis mas queridas esperanzas no fuese aun bastante á mi desventura, al mismo tiempo supe que una letra de cuatro mil francos que en poder de uno de mis amigos no me apuraba aunque cumpliese su plazo, había pasado á manos de sus herederos, por fallecimiento de aquel, y sus herederos que no tenían por qué guardarme la menor consideración, reclamaban el pago de la deuda.

Este es mi estado: en vano he llamado á la puerta de cuantos amigos conservo en la ciudad: no ha habido socorro para mí, y mañana se anunciará la venta de Grinselhof con todo el mobiliario que contiene! Si aun con todo ello lográramos reunir lo que tenemos necesidad de pagar, todavía sería señal de que Dios velaba por nosotros. Pero sonries, Leonor? La noticia de nuestra ruina no te entristece?

—Y es eso todo lo que os entristece á vos? Veamos, no guarda ningun otro secreto vuestro corazón?

—Ninguno, hija mia. Te lo he dicho todo.

—Ciertamente que un golpe semejante sería considerado por otros como una espantosa desgracia, pero á nosotros cuya única fortuna es nuestro cariño, nada nos importa. ¿No es verdad que conservándome á mí todos los intereses de la tierra los perdeis con gusto?

—Ah! yo sí. Tú has logrado infundirme valor, y al ver que no te consideras dergraciada con tu cambio de vida me siento yo resignado tambien. Ahora aceptaré mi ruina sin murmurar, doblaré mi frente ante la voluntad de Dios. Y sin embargo, tú no sabes las amarguras que nos aguardan: vagar por el mundo en busca de un asilo ignorado! Buscar en el trabajo el pan que hemos de llevar á los lábios! Tú no sabes, Leonor, cuán amargo es el pan de la miseria!

La jóven se estremeció al ver que la tristeza anublaba de nuevo la frente de su padre, y estrechando de nuevo sus manos exclamó con efusion:

—Ah, padre mio! Que no abandone la sonrisa vuestro rostro: creedme, no por ser pobres dejaremos de ser dichosos. No en vano habeis querido que vuestra hija aprendiese cuantas labores puede saber una mujer perfecta. Hoy puedo enseñar á las demás y las nociones que os debo en las artes y las ciencias me hacen muy útil para la enseñanza. No temais, Dios me bendecirá mi trabajo. Y ya vereis, los dos solos, ocupando una habitación pequeña, pero limpia y conpuesta, con la conciencia tranquila y unidos siempre viviremos

Un noble.

una vida de paz y de ventura. No sé por qué me parece que la verdadera dicha va á principiar ahora para nosotros!

Mr. de Ulierbecke contemplaba estático á su hija, y dulces lágrimas corrían de sus ojos: despues átrajo a Leonor sobre su corazon, y sus lágrimas se confundieron, pero lágrimas de felicidad: lágrimas vertidas como en reconocimiento del cielo, de ventura á que le habia conducido su angelical Leonor.

VIII.

Dos ó tres dias despues, segun habia dicho á su hija Mr. de Ulierbecke, apareció en los periódicos la venta de los bienes que aun conservaba y entre ellos Grinsehof.

Este suceso produjo cierta impresion en el pais, porque todos creian al noble anciano avaro y escéntrico, pero no arruinado.

Aunque la venta estaba disimulada con el pretesto de la partida de los dueños del pais, sin embargo, corrió en breve la nueva de que Mr. de Ulierbecke se veia reducido á dar aquel paso para pagar sus deudas y que el padre y la hija estaban reducidos á la última miseria. Nada se ignoró; ni aun el motivo de su ruina, si bien se desfiguraban algunas circunstancias del préstamo hecho á su hermano.

Desde el fatal anuncio de la venta, el noble vivia aun mas retirado como para evitar toda

explicacion, y aguardaba resignado el dia marcado para la venta.

En estos mismos dias habia recibido una carta de Gustavo fechada en Roma, carta que contenia á la par algunas líneas para Leonor. El jóven afirmaba que la ausencia lejos de disminuir habia hecho acrecer su amor, y que su única esperanza era poder realizar un dia sus proyectos de matrimonio, no obstante seguir su tio cada vez mas enérgico en su negativa.

Esta última parte era la menos á propósito para infundir esperanza á Mr. de Ulierbecke; en vista de ella aconsejó á su hija que diese al olvido aquel desgraciado amor, que sólo le proporcionaria amarguras.

Ahora que la ruina de su padre era pública, la jóven comprendia que debia con doble motivo renunciar á su amor... y olvidarle era imposible: la imagen de Gustavo llenaba todo su corazon!

Cumplia religiosamente las promesas que él la exigiera al partir, y pronunciaba en sus oraciones el nombre de su amado, y repetia sus promesas á la sombra de aquella enramada donde las habia pronunciado por vez primera...

Tambien por este tiempo recibió Mr. de Ulierbecke una carta en que le noticiaban la muerte de su hermano, de aquel hermano origen de todas sus desdichas, acaecida en América. Parecia que Dios queria por todos los medios probar su fortaleza!

Mr. de Ulierbecke lloró á su hermano á quien

amaba mucho; pero en breve sus ojos se enjugaron para contemplar su propia suerte...

Por fin el día de la venta llegó.

Desde muy temprano Grinselhof se vió invadido por multitud de gentes que, unos por comprar realmente, otros por curiosidad, recorrian las habitaciones apreciando para sí lo que podrían valer los objetos en ella reunidos.

El desgraciado anciano, auxiliado por su hija, habia pasado toda la noche anterior en limpiar y realzar los objetos que habian de ponerse á la venta, á fin de que ofreciesen por ellos mayor cantidad, trasladando á las habitaciones principales aquellas prendas que hubieran podido pasar desapercibidas por ser propias de habitaciones interiores ó escusadas.

El infeliz creyó que era el último sacrificio que le quedaba que hacer, pasar la noche trabajando en beneficio de sus acreedores: hasta ese extremo llegaba su probidad. Nada, por otra parte, habia sustraído ó reservado, admirándose entre los objetos destinados á la venta, juegos de cama, y hasta ropa blanca, pertenecientes á su uso, ó al de su hija.

A las diez la sala donde debia tener lugar la licitacion estaba llena de gentes, y muchas damas y caballeros distinguidos se mezclaban á los usureros que iban en busca de hacer negocio: tambien se veian campesinos atraídos por la curiosidad, que comentaban á su modo la inesperada ruina de Mr. de Ulierbecke, inventando sobre ella mil epigramas.

A las diez y media se dió la señal de venta:

el hijo del arrendador era el que publicaba, el notario el que iba apuntando los objetos tasados ó vendidos, y el mismo Mr. de Ulierbecke el que presidía.

Su aparicion causó un movimiento de sorpresa general: todos cuchichearon; todos se empinaban para descubrir aquella noble cabeza, tan digna en medio de su desgracia: y unos se sentian movidos á piedad, y otros solo arrastrados por un sentimiento de indiferencia y de sarcasmo.

Esta impresion duró un instante y la venta comenzó con sujecion á las leyes.

De vez en cuando, alguna de las personas alli presentes que habían tenido otras ocasiones de hablar á Mr. de Ulierbecke se acercaban á manifestarle su sentimiento por lo ocurrido; pero le encontraban frio y reservado viéndose obligados á guardar sus protestas de compasion ó de amistad. Habia en su conducta algo de grande y magestuoso que imponia respeto á los demás.

Y no obstante, si el rostro de Mr. de Ulierbecke estaba tranquilo y sereno, su corazon estaba destrozado al ver que uno por uno iba perdiendo los objetos que le rodearan desde su niñez.

La venta tocaba á su fin cuando por órden del notario se descolgaron de la pared los retratos de los ilustres antecesores del noble anciano, y fueron adjudicados á los preñeros. Esto fué lo mas duro para el noble anciano. En la venta de aquellos lienzos habia para

él tanta ironía, que por primera vez el suplicio que desgarraba su corazón se pintó en su rostro; bajó los ojos y se abismó en profundas reflexiones, dejando por fin la sala sin poder dominar su emoción.

A mitad de la tarde de aquel mismo día un silencio sepulcral reinaba en Grinselhof; ya no había nadie en los salones, nadie en los jardines, nadie en las cercanías... La puerta estaba como de ordinario, cerrada, y la calma acostumbrada se advertía dentro, como si nada de particular hubiese ocurrido en aquel recinto.

A los pocos instantes dos personas aparecieron á la puerta de la casa: eran un anciano y una joven. Ambos estaban de luto y llevaban un pequeño lio en la mano, como si fueran á emprender algún viaje.

Difícil era reconocer bajo aquel humilde aspecto á Mr. de Ullierbecke y su hija, y no obstante, al punto se reconocía en ellos dos personas que se desprendían de las comodidades y entraban en la esfera de los pobres por primera vez. Leonor bajó en traje de percal de luto; era siempre la joven distinguida que hemos conocido al principio de esta historia; y el noble anciano, con su levitón cerrado hasta el cuello, era siempre el noble arruinado, el hombre de elevada procedencia.

Las facciones del anciano aparecen alteradas, pero es difícil adivinar si revelan alegría ó dolor: las de la hija demuestran menos abatimiento, y sin embargo, sus ojos no pueden ocultar una lágrima al abandonar aquellos

sitios, donde corrieron sus primeros años: aquellas enramadas bajo las cuales escuchó los primeros juramentos de Gustavo...

Dominando sus propias emociones, daba el brazo á su padre, espiando con ansiedad los efectos que se pintaban en su rostro, y animándole con una energia que ella estaba muy lejos de sentir.

Padre é hija se dirigieron lentamente hácia la Granja, que como sabemos estaba á la entrada de Grinselhof: á la puerta estaban el arrendador y su muger.

—Señora Berta, dijo el anciano con acento sereno, venimos á despedirnos de vos.

La arrendadora, con el corazon oprimido, examinó un instante á los viajeros y llevó el delantal á sus ojos.

—¿Conque es verdad, señor? exclamó el arrendador conmovido.

—Conque dejais á Grinselhof y acaso no os volveremos á ver? añadió la arrendadora.

—Vamos, mi buena Berta, dijo el anciano tomando la mano de la arrendadora, no lloreis por eso. Ya veis que nosotros soportamos con resignacion nuestra suerte.

La pobre muger quiso articular algunas frases... pero inútil. Su emocion no la dejaba hablar.

Despues de un instante de meditacion el arrendador exclamó con tono resuelto:

—Señor, permitidme deciros una cosa á vos... á vos solo!

Mr. de Ulierbecke le siguió al interior de la

Granja, y el arrendador, despues de conven-
cerse de que nadie los oia, murmuró:

—No sé cómo deciros lo que deseo... Apenas
me atrevo... pero verdad que no os enfada-
reis?

—Hablad, hablad sin temor, repuso el an-
ciano sonriendo.

—Ya comprendéis, señor, que cuanto hemos
ganado en los años que nos teneis arrendada
la Granja, os lo debemos á vos: vos nos la
cedisteis por un módico arriendo y eso unido
á la proteccion de Dios, ha sido el cimiento
de nuestra fortuna. A la par que la nuestra
iba creciendo, la vuestra iba por el contrario
menguando hasta el punto de que hoy os veais
pobre y desgraciado. Pues bien, señor, sería
un eterno remordimiento para mí si os dejara
salir de aquí sin mas auxilio que la clemencia
divina... Aceptad, pues, algun socorro, algun
préstamo de mi mano... Cuanto tenemos es
vuestro.

Mr. de Ulierbecke tendió su mano trémula al
arrendador y murmuró.

—Sois un hombre honrado y generoso, y
me enorgullezco de haberos protegido en cuanto
me ha sido posible, pero renunciad á vuestro
generoso proyecto; guardad la fortuna adqui-
rida con el sudor de vuestra frente, y no es
cuideis de nosotros: Dios que no abandona nun-
ca á sus criaturas, cuidará de nuestra suerte.

—Oh! señor: no rehuseis la oferta de mi
gratitud, dijo el honrado aldeano derramando
lágrimas.

Y abriendo un armario y mostrando un pequeño saco lleno de monedas de plata, prosiguió:

—Ved, esto no es ni la tercera parte de lo que gracias á vuestra proteccion, hemos podido reunir: concededme la gracia de tomarlo, y si puede mitigar alguna de vuestras privaciones, ó de la señorita, daré gracias á Dios todos los dias de mi vida.

Ante esta insistencia el llanto se agolpó tambien á los ojos de Mr. de Ulierbecke, que repuso con alterado acento:

—Gracias, gracias, amigo mio; pero no insistais; es todo inútil.

—Pero señor, ¿dónde vais, solos, sin recursos...

—No os lo puedo decir, porque lo ignoro. No sé ¿dónde nos llevará la suerte, y aunque lo supiera, la prudencia me ordena callarlo.

Al decir estas palabras, salió de la estancia para reunirse con su hija, á la que encontró, como á la arrendadora, deshecha en llanto.

El anciano comprendió que era preciso poner fin á esta escena penosa, y dijo á su hija algunas frases que hicieron á la jóven volver en sí: hubo entonces entre ambas mugeres tiernos abrazos de despedida, y despues de un último adios, padre é hija cruzaron el dintel de la puerta de Grinselhof, donde quedaban su fortuna, sus recuerdos, su felicidad!

Largo rato los arrendadores les siguieron con la vista, hasta que por fin la distancia se los robó para siempre.

Un noble.

Mr. de Ulierbecke siguió su camino silencioso, hasta un punto desde el cual sabia que Grinselhof iba á ocultarse á sus miradas: allí se detuvo, volvió su rostro, y contempló por última vez aquellos sitios, cuna suya y de todos sus antecesores.

Lo que pasó en aquel instante en su alma debió ser horrible, porque Leonor se estremeció al contemplar la espresion de su rostro, si bien no se atrevió á turbar aquel solemne dolor.

Pasado un momento, dos lágrimas se deslizaron por las mejillas del anciano, y entonces su hija se arrojó en sus brazos y trató de arrastrarle de allí y calmar su dolor por medio de mil palabras cariñosas.

En breve siguieron su camino y se internaron en lo mas tortuoso del sendero.

IX.

Habrían pasado unos ocho dias de la partida de Mr. de Ulierbecke, cuando llegó para él á Grinselhof, una carta de Italia. En vano el cartero trató de averiguar dónde se habian dirigido los antiguos dueños de aquella propiedad... Nadie supo decirlo, y en la administracion de correos quedó esta carta, asi como otras varias que siguieron, todas de Italia.

Cerca de cuatro meses habian pasado, cuando una elegante silla de posta paró ante la casa

del notario. La puertecilla se abrió, y un joven en traje de camino saltó del coche, entrando precipitadamente en la casa.

—El señor notario? preguntó vivamente.

El criado repuso que el señor tardaría algunos minutos en estar visible, y conduciendo al desconocido al salon donde le rogó que tomase asiento, y desapareció.

El joven pareció contrariado de que le hiciesen aguardar. Insensiblemente sus facciones fueron adquiriendo una espresion de tristeza y cayó en una profunda meditacion, de la cual salió sonriendo dulcemente para murmurar:

—Ah! la esperanza conmueve mi corazon! Qué digo, esperanza! Certidumbre de que hoy mismo volveré á verla; hoy le recompensaré tanta constancia, tantos sufrimientos. Hoy, por fin, podré decirle: Leonor, hé aqui el consentimiento para nuestra union, y con él la riqueza, el amor, la dicha! Vuelvo á consagrarle todos los dias de mi vida, á que juntos endulcemos los últimos dias de tu anciano padre... Oh! qué feliz la haré! Gracias, Dios mio, gracias!

El rumor que hizo una puerta al abrirse le volvieron á la realidad y dominando su emocion procuró aparecer tranquilo. Sin embargo, nadie se presentó, y el joven volvió á caer en su meditacion.

—Me habré engañado? prosiguió. Mis cartas han quedado todas sin respuesta... Será Leonor insensible á mis súplicas?

Y una nube de pesar cubrió su frente.

—No, en vano la desconfianza quiere como un dardo penetrar en mi corazón! Leonor perjura? No! imposible! Al partir me dijo: Nuestro amor es eterno, imperecedero... Sus labios no saben mentir!

En este instante la puerta se abrió y el notario entró lentamente en el salón, dispuesto sin duda á mostrarse mas ó menos expansivo, segun exigieren las condiciones de quien le aguardaba; pero apenas reconoció al jóven se adelantó hácia él con sonrisa franca y jovial.

—Buenos dias, buenos dias, señor Gustavo. Cuánto me alegro de volver á veros, y eso que segun vuestra carta, os aguardaba ya hacia algunos dias. Os doy gracias porque asi como vuestro tio seguis depositando en mí vuestra confianza. ¿Y decidme, vuestro excelente tio habrá hecho testamento?

El jóven pareció afligirse profundamente á este recuerdo y entonces el notario se apresuró á añadir:

—Soy el primero en lamentar semejante pérdida. Vuestro tio era uno de mis mejores amigos, y siento su muerte tanto como vos. Dios ha querido llevársele cuando estaba lejos de su patria... Tal es el destino del hombre! Dejar la vida cuando nos rodea la felicidad. Y segun me deciais, vuestro tio no os ha olvidado en sus últimos momentos?

— Vedlo vos mismo, exclamó el jóven depositando un legajo de papeles sobre la mesa.

El notario los recorrió rápidamente, y una espresion de halagüena sorpresa se pintó en su

rostro. En este tiempo Gustavo con la vista baja parecia víctima de la mas viva impaciencia.

Al cabo de un instante el notario se levantó y con ademan respetuoso exclamó:

—Permitidme que os felicite, Mr. Denecker, Heredero universal. Sabeis que sois casi millonario?

—Lo ignoro, porque nunca he sabido con precision la fortuna de mi tio, y no es de eso de lo que he venido á hablar con vos: ya nos ocuparemos de mis intereses otro dia. Hoy tengo un favor que pedir.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Vos teniais tambien á vuestro cargo los asuntos de Mr. de Ulierbecke?

—Si tal.

—Supe por mi difunto tio que Mr. de Ulierbecke habia sufrido un cambio de fortuna. Me interesa saber si continua en tan triste situacion.

—Supongo, caballero, que vuestra pregunta envuelve el proyecto de un beneficio, y á la verdad que en nadie estaria mejor colocado. Mr. de Ulierbecke ha sido víctima de su generosidad, y su ruina proviene de una de esas acciones que el mundo llama generosas, aunque tienen mucho de descabelladas.

—Pues bien, el favor que espero de vos es que me digais lo que podria hacerse por mejorar la suerte de ese desgraciado sin herir su dignidad. Mi tio me enteró algo del estado de sus negocios, y tengo entendido que hay un crédito de cuatro mil francos en una letra que

cumplia en breve: yo deseo adquirir esa letra aunque sea por el doble de su valor.

El notario fijó en el jóven una mirada de asombro.

—Por qué os admira mi proposicion? Me haceis temblar!

—Porque no comprendo vuestro proyecto y menos aun vuestra emocion. Por desgracia, las nuevas que tengo que daros no os parecerán muy gratas.

—Gran Dios, qué decís? Acaso la muerte ha visitado á los habitantes de Grinselhof?

—No, no, repuso vivamente el notario. Tranquilizaos. El anciano y su hija viven.

—Pues entonces... repuso el jóven con viva ansiedad.

—No es tan terrible el golpe que tengo que daros, y si vos tratais de mitigar su miseria...

—Hablad, señor, hablad! No comprendéis que vuestras digresiones me matan?

—En primer lugar la letra de que vos teniais noticia ha cumplido antes de vuestra llegada y como Mr. de Ulierbecke no ha encontrado un medio de satisfacerla ha tenido que vender hasta la última prenda que poseia, con lo cual ha quedado reducido á la mas triste situacion.

—De modo que hoy vive en Grinselhof no como dueño, sino como inquilino.

—Ni aun eso: ha tenido que abandonarle.

—Y á dónde ha ido? Yo quiero verle, hablarle hoy mismo.

—Lo ignoro.

—Lo ignorais?

—Nadie lo sabe. Dejaron el país sin informar á nadie de sus proyectos.

—Gran Dios! exclamó Gustavo con desaliento. Estaré condenado á vivir siempre lejos de ella? Oh! qué horrible ansiedad! Y nadie, nadie podrá indicarme su residencia?

—Nadie: la tarde misma de la subasta desapareció, y aunque he hecho indagaciones para descubrir su paradero, han sido inútiles.

El jóven, pálido y consternado, llevó las manos á su frente como queriendo ocultar dos lágrimas que se escapaban por sus mejillas. Lo que sabía antes respecto á la triste suerte de Leonor ya le afectaba, pero la idea de no poder volar á su lado le desesperaba.

El notario le contempló largo rato en silencio, y por fin le dijo con acento persuasivo:

—Sois jóven, y como tal exagerais vuestra desgracia. Vuestra afliccion no está fundada porqu en los tiempos presentes no es difícil descu ir el paradero de una persona si se busca on afan y se ponen en juego otros de interés. Si quereis confiarme el asunto yo os prom o averiguar qué es de Mr. de Ulierbecke, aunqu viva en país extranjero.

—Oh! sí, repuso el jóven con el acento de la gratitud. Hacedme este servicio, y valeos para ello de todos mis intereses: no repareis en gastos, y estad seguro de que el día que me deis la noticia que solicito será el mas feliz de mi vida.

—No temais: hoy mismo enviaré partes á todos los centros de policia; iré yo mismo, si

es preciso, á Bruselas, y conseguiré lo que deseais.

—Yo por mi parte pondré tambien en juego mis numerosos corresponsales, y aun yo mismo recorreré el mundo entero.

—Pues bien, tranquilizaos, que en breve tendremos noticias de nuestros amigos. Y ahora, aunque yo no debo intervenir en vuestros proyectos, los años que hace que os conozco me dispensan para haceros una pregunta. Vuestro designio es casaros con Leonor?

—Esa es mi resolucion inmutable.

—Inmutable! Enhorabuena: yo no debo... Pero el afecto que me demostraba vuestro tio me autoriza... Reflexionad con calma lo que vais á hacer; sois millonario y vuestro crédito en el comercio vale aun mas que vuestro capital; con estas condiciones podriais aspirar á un matrimonio ventajoso... Leonor no posee nada...

—Si con esas reflexiones creéis cumplir vuestro deber, os doy las gracias, pero evitadlas. A quién pertenece hoy Grinselhof?

El notario pareció desconcertarse al oir esta pregunta, pero reponiéndose al punto repuso con sonrisa maligna:

—Veo que no cedeis en vuestra resolucion: cúmplase vuestra voluntad. Grinselhof ha sido adjudicado á los acreedores de Mr. de Ulierbecke.

—Quién le habita?

—Nadie.

sol, y del techo pendia una jaula donde se mecía un canario.

Qué dulce calma reinaba en aquella mansion!

Cerca de la ventana habia una jóven cosiendo con tal asiduidad qu su vista no se levantaba de su labor, ni nada alteraba los movimientos acompasados de su mano tirando de la aguja.

El traje de la jóven era de los mas humildes, pero su misma sencillez dejaba adivinar los graciosos contornos de su talle, y todo parecia formar en torno suyo una aureola de juventud y de belleza.

Pobre Leonor! Triste era la suerte que Dios la habia reservado! Ocultar su noble origen bajo el aspecto de la humilde obrera, cambiar su vida de recreo por las privaciones de la clase humilde, luchar contra todas las contrariedades de una existencia mezquina...

—Ah! Quizá la miseria ha robado de su tez las tintas de la rosa; quizá su mirada ha perdido la animacion que era su primer encanto, quizá su hermosura ha languidecido como una flor marchita...

Pero no: á Dios gracias la jóven ha encontrado fortaleza dentro de si misma para no dejarse abatir por la suerte. Su angelical belleza es la misma que en otro tiempo la animaba y las tintas de sus megillas son tan puras y frescas como cuando se paseaba bajo las enramadas de Grinselhof.

Quizá un rayo de esperanza que encierra su corazon es lo que se refleja y anima su mirada.

Un Noble.

Tal vez en sus dulces recuerdos encuentra la fortaleza que tiene contra la adversidad.

Al cabo de un instante suspende su trabajo, como si un sueño dichoso embargase su espíritu, y con la cabeza inclinada sobre el pecho deja vagar su vista en el espacio.

Después deja su labor en una silla, se dirige á la ventana, acaricia sus flores y fija por fin su mirada en un frondoso roble que asoma su copa sobre los muros de una casa cercana. La vista de aquel árbol debe impresionar profundamente su alma, porque una triste sonrisa se marca en sus labios, y sus ojos se llenan de lágrimas... Las impresiones de su alma deben ser muy varias, porque su rostro se anima con una espresion, ya de angustia, ya de dicha, ya de dolor, mientras sus labios murmuraban una palabra, un nombre quizá!

Después su vista se clava en el canario, que revolotea como queriendo romper los alambres que le aprisionan, y esclama dulcemente:

—Por qué quieres dejarnos, pobre avecilla? Por qué quieres abandonarnos, tú, confidente ha tanto tiempo de nuestras tristezas? Qué te obliga á volar fuera de esta mansión? Oh! es muy triste vivir cautivo cuando se sabe que tuera reinan la alegría y la libertad... Ah! pobre pajarillo! como tú vivo cautiva, y como tú habia nacido para vivir libre por los bosques, sin miedo al aire ni al sol... yo tambien he sido arrebatada del sitio donde nací! yo tambien he perdido las enramadas que dieron sombra á mi cuna... Lloras tú tambien el com-

pañero de tu vida? le has perdido como yo para siempre...? Oh! no te vayas, mi solo compañero, mi único amigo!

Pero al pronunciar estas palabras, otra idea debió cruzar por su mente y cambiando de tono y llevando su mano á la jaula prosiguió:

—Pero no; adivino tus dolores y no quiero ser para ti tan cruel como lo es conmigo la suerte. Parte libre y feliz; y Dios te proteja: disfruta los dos bienes mas preciados de la tierra, libertad y amor. Oh! ese grito de alegría y el afan con que abres tus alitas demuestran tu felicidad... Adios, adios!

Y siguiendo con su vista al avecilla que se remontaba en el espacio, suspiró dulcemente y volvió á sentarse y continuar su labor con el mismo afan que al principio.

Un cuarto de hora habria pasado cuando Leonor, prestando oido un instante, volvió á dejar su labor, y corriendo hácia la puerta, exclamó:

—Mi padre; ya está aqui mi padre.

Mr. de Ulierbecke en efecto entró en la estancia con un rollo de papeles en la mano, que depositó sobre una mesa, dejándose él caer en una silla rendido de cansancio.

Estaba á la sazón mas delgado que cuando le conocimos, y sus ojos mas hundidos entre sus hinchados párpados; sus mejillas estaban tambien mas pálidas, y todo en él parecia revelar una enfermedad grave que iba minando su existencia.

Iba pobremente vestido, aunque su traje, lo

mismo que el de su hija, parecian ocultar su largo uso bajo el aseo que los realzaba; pero lo que habia sido imposible disimular era la anchura que en ellos resultaba por la pérdida de robustez del poseedor.

Leonor contempló un instante á su padre con profunda afliccion, y murmuró:

—Dios mío! Volveis á sentirnos mal, padre querido?

—No, Leonor, no; pero soy tan desgraciado!...

La jóven entonces, rodeando con sus brazos el cuello de su padre, exclamó con dulzura:

—Desgraciado! Hace ocho dias estábais en el lecho débil y moribundo. Entonces pedíamos á Dios vuestro restablecimiento como la mayor ventura... Por qué quejarnos cuando Dios ha escuchado nuestras oraciones? Vamos, sabed, como en otro tiempo, luchar contra el destino: sed fuerte y mirad frente á frente al infortunio... El valor es tambien una riqueza!

El noble anciano, sonriendo tiernamente á su hija, murmuró:

—Pobre hija mía! Siempre tratandote de darme consuelo y valor! El cielo bendiga tu intencion, Leonor mía! Veo que Dios no me olvida por completo, cuando me concede tu amor y tu sonrisa. Vuelvo triste, desesperado, doblegado al peso de tanto dolor, y una mirada tuya basta para mitigarle...

—Vamos, padre, dijo la jóven interrumpiéndole y multiplicando sus caricias; contadme todo lo que habeis hecho, que yo tambien

tengo algo agradable que contaros.

—Qué quieres que te diga? Fui al colegio como de costumbre á dar mis lecciones de inglés, pero durante mi enfermedad un inglés ha desempeñado la clase por mí y hemos perdido nuestro mejor apoyo.

—¡Y la lección de alemán de la señorita Paulina?

—La señorita Paulina ha partido para Strasburgo, de donde tardará en volver. Ya ves, Leonor, que lo perdemos todo á la vez. Tengo razón para volver triste? Tú misma te has quedado pálida y consternada al recibir la noticia.

La jóven, en efecto, bajaba los ojos sin poder disimular su emoción, pero las últimas palabras de su padre la volvieron en sí, y respondió haciendo un esfuerzo para sonreír:

—Pensaba en el disgusto que os habrán causado esos contratiempos, y eso me afligia. Por lo demás, tranquilizaos: en cambio de tan tristes nuevas yo tengo que daros otras muy alegres.

—De veras? Me sorprende.

La jóven señaló á su costura y dijo con candor:

—Veis ese lienzo? Pues pertenece á una docena de camisas de lujo que debo hacer. Como supondreis, este trabajo será bien pagado, y cuando se acabe me darán mas, y quien sabe... pero esto es solo una esperanza.

Leonor pronunció estas frases con tan franca alegría, que el mismo Mr. de Ulierbecke des-

echó la nube de tristeza que cubria su rostro, para preguntar sonriendo:

—Y es eso lo que te hace tan dichosa?

Como si la jóven se reconviniere por el tiempo que perdía, se apresuró á seguir su labor, no sin dejar la conversacion, por miedo á que su padre volviese á caer en su abatimiento.

—Ah! no lo adivinareis nunca, prosiguió. Sabeis quién me ha encargado esta labor? La opulenta dama que vive en ese magnífico portalon de la esquina. Me mandó á llamar y fui durante vuestra ausencia. Os sorprendeis?

—Pues no! Quién ha podido dar á esa señora noticias tuyas?

—No sé; quizá la bordadora que me encargó aquellos cuellos tan difíciles para ella: le habrá preguntado acaso quién los bordó, y se lo habrá dicho, y sin duda le ha referido tambien nuestras desgracias, porque esa señora sabe de nosotros mas que yo me podia figurar.

—Cómo! sabe quizá...

—No, tranquilizaos; ni sabe nuestro nombre ni el pais de donde procedemos...

—Acaba por fin. Quieres atormentarme?

—Pues bien, padre, voy á abreviar. Esa señora me ha felicitado por mis labores, me ha interrogado sobre nuestras desgracias y me ha dicho entregándome este lienzo: «Id, hija mia, trabajad con constancia: sed siempre tan juiciosas, y yo os protegeré. Yo siempre tengo mucha labor que dar, y además yo os recomendaré á mis amigas y cuidaré, en una pa-

labra, de que nada os falte ni á vos ni á vuestro anciano padre.» Yo con lágrimas en los ojos he besado sus manos y me ha despedido, diciéndome que quizá un dia podré contar con ella para ponerme al frente de un almacen de bordados... Veis qué felicidad, padre mio?

Despues de una pausa, en que vió que su padre nada decia, prosiguió:

—Nada decís, padre mio? No os parecen buenas mis noticias? Ya veis, un almacen de bordados, vos para llevar las cuentas, yo para dirigir los trabajos, oficialas, criados... Oh! al fin se cumplirá vuestro deseo de pasar descansando vuestros últimos dias.

Habia en la sonrisa de Mr. de Ulierbecke tanta serenidad, tanta ventura que era indudable que el anciano se habia dejado fascinar por las palabras de su hija, hasta el punto de olvidar su verdadera situacion. Al cabo de un rato la realidad apareció de nuevo en su mente y murmuró:

—Leonor, Leonor, mágia de mi vida, con qué facilidad me fascinas! Dejemos esos sueños y hablemos de lo presente que es mas triste. El zapatero me ha dado un aviso del dueño de la casa recordando nuestra deuda. Ya sabes que le debemos 20 francos.

—Sí, y doce en la tienda de comestibles. Esas son todas nuestras deudas, pero en cuanto yo termine estas camisas todo se pagará. El de la tienda no nos apura, además yo he recibido dos francos adelantados por mi trabajo, de modo que tenemos para sostenernos, y dentro

de un mes no tendremos deudas. Luego caminamos hácia el verano. Usted que es el amigo de los pobres... Todo nos sonríe, padre mio.

Mr. de Ulierbecke pareció de nuevo algo consolado y entonces acercándose á su hija exclamó:

—Yo tambien estoy encargado de algun trabajo. Mr. O. el profesor de música, me ha encargado copiar una porcion de lecciones para sus discípulos, y esto siempre me producirá tres ó cuatro francos en un par de dias. Asi, pues, basta ya de plática que voy á escribir.

—Os estorbará que cante?

—Oh! no, hija del alma! Lejos de estorbar-me tu canto da vida á mi corazon.

El padre se puso á escribir en los papeles que habia traído consigo mientras Leonor entonaba con acento armonioso las canciones que habian mecido su niñez y alegrado su juventud, sin que su mano suspendiese el movimiento rápido é igual de su trabajo.

Largo rato hacia que ambos permanecian asi, cuando Leonor oyó dar el reloj de la iglesia cercana. Entonces dejó su labor, y tomando una cestita se dispuso á salir de la estancia.

—Ya, Leonor? dijo su padre sorprendido.

—Las once y media acaban de dar, padre.

Sin hacer ninguna otra observacion, Mr. de Ulierbecke suspiró y continuó escribiendo. La jóven bajó rápidamente la escalera, y volvió en breve trayendo en la cesta pan, queso, pa-

patatas, y un papel envuelto, que ocultó cuidadosamente. Sin dejar de cantar hizo hervir agua, coció las patatas que acababa de subir, y en breve las colocó en la mesa aderezadas con aceite y vinagre, sin que su padre hubier suspendido hasta entonces su trabajo.

Iban á comer como de costumbre su frugal comida, pero Mr. de Ulierbecke á pesar de la distraccion que le preocupaba, no pudo menos de observar un olor agradable que se repartia por la estancia. Entonces dijo á su hija con acento de dulce reconvencion:

—Vianda!

—Padre mio, no os enojeis, el doctor encargó que tomárais buen alimento.

—No, eso es un pretesto, y bien sabes que debemos ser económicos.

—No, padre mio; no os engaño; el doctor lo he dicho, y aunque no fuera eso os dará fuerza. Estais tan débil!

—Y nuestras deudas?

—Dejadme á mí, padre mio, que yo lo iré manejando todo, y vereis como sale bien. Ahora á comer de mi presente.

Pusiéronse á la mesa, y con las manos juntas empezaban á dar gracias á Dios, cuando un rumor de voces y de pasos se dejó sentir en la escalera.

Leonor, acometida de un súbito temblor, interrumpió su oracion, y con los ojos fijos, la respiracion anhelante, medio incorporada en la silla, parecia muda de sorpresa y de terror.

Un Noble.

Su padre, trémulo por la actitud de la jóven, quiso preguntarle, pero un ademan imperioso de su hija cortó la palabra en su labio.

Las voces se acercaban mas y mas, y reconociendo Leonor aquella voz, se lanzó con un grito de angustia hácia la puerta que cerró violentamente apoyando en ella su cuerpo para que nadie entrase.

—Leonor, por amor de Dios, qué temes? exclamó su padre con espanto.

—Gustavo, Gustavo! exclamó la jóven con acento trémulo. Quitad, quitad todo eso. El, él es el único que debe ignorar nuestra miseria!

El rostro de Mr. de Ulierbecke se repuso de pronto, y su cabeza se irguió con dignidad: miró á su hija con ademan severo, avanzó mudo hácia la puerta y la abrió de par en par, mientras Leonor corria á un extremo del cuarto á ocultar su rostro rojo de vergüenza.

Al mismo instante un jóven se lanzó en la estancia, dando un grito de alegría, y corrió hácia la jóven, llamándola y mezclando á su nombre frases ininteligibles. Sin duda en su trasporte la hubiera estrechado contra su corazón si no se hubiese interpuesto el ademan severo de Mr. de Ulierbecke.

Entonces se detuvo: pasó su vista por la estancia, y su exámen debió conmoverle profundamente, porque exclamó con amargura:

—Dios mío! Se puede vivir así?

Pero no permaneció mas que un instante bajo la influencia de esta idea, y lanzándose de

nuevo á la jóven y estrechando sus manos, prosiguió con exaltación:

— Leonor, Leonor mia, mirame; sepa yo si tu corazon ha conservado el recuerdo de nuestro amor.

La jóven respondió solo con una mirada, pero en aquella se revelaba un tesoro de ternura.

— Oh dichal! exclamó Gustavo. Pues bien, ningún obstáculo puede ya separarnos, nadie en el mundo puede arrebatarme á la esposa de mi corazon.

En este momento Mr. de Ulierbecke, que se interpuso entre ambos con ademan severo, heló en sus venas todo el entusiasmo del jóven que dió un pasó atrás sin poder disimular su sorpresa.

— Mr. Denecker, dijo con acento firme el anciano; moderad vuestra alegría. Mucho nos complace volveros á ver; pero vos sin duda no habeis reparado que aun somos mas pobres que cuando nos dejásteis.. Respetad nuestra indigencia!

— Qué decis! exclamó Gustavo. Vos, su padre, el mio, podeis tratar de desunirnos? Leonor es mi esposa... Gran Dios! por qué esa espresion de enojo? No sé lo que me pasa!

Y tomando con una de sus manos una mano de Leonor y otra del anciano, exclamó rápidamente:

— Escuchad: mi tio ha muerto en Italia, dejándome heredero universal, pero en sus últimos momentos pude arrancarle el permiso

objeto de toda mi ambicion, y murió concediéndome su autorizacion para nuestro enlace. Por muchos dias he creido que la suerte se empeñaba en separarnos para siempre; pero asi que he descubierto vuestro paradero, he venido al punto á deciros: señor, mi corazon, mi vida, mi fortuna, son de Leonor. Venid: Grinselhof, que es vuestro de nuevo, nos aguarda; alli, como en otro tiempo, os rodearán todos los objetos que os son queridos, hasta los retratos de familia que tanto venerábais... Por piedad, padre mio, dejadme llamaros asi; no me priveis de la dicha de conducir á Leonor ante el altar.

La espresion del rostro de Mr. de Ulierbecke no cambiaba; solamente sus ojos se habian humedecido.

—Ah! murmuró Gustavo con exaltacion creciente; nadie ya puede arrebatarme mi Leonor. Dios me la ha devuelto!

Y cayó de rodillas ante Mr. de Ulierbecke, levantando hácia él sus manos con ademán suplicante, y añadió:

—Oh! no; perdonad; no repareis en cuanto digo... estoy loco! Padre mio, en nombre de Dios, dadnos vuestra bendicion.

Mr. de Ulierbecke, sin poder dominar la emocion que experimentaba, levantó sus ojos al cielo, y como elevando hasta él su espiritu, murmuró entre sollozos:

—Margarita, esposa mia, regocíjate en tu sepulcro; mi promesa se cumple; tú hija será dichosa sobre la tierra!

Y levantando á Gustavo y recibiendo á los dos amantes en sus brazos añadió:

—Gustavo, Lijo querido, el cielo bendiga tu amor. Haz dichosa á mi hija: tuya es.

—¡Oh padre mio! ¡Gustavo! dijo Leonor sin poder contener sus lágrimas.

Y los tres se confundieron en un solo abrazo, abrazo de amor y de felicidad.

Ahora, lector querido, réstame una confesion que hacer; por motivos de delicadeza he ocultado el verdadero nombre y la morada de los Ulierbecke; por consecuencia, queda ignorada la residencia de Gustavo y de su esposa la encantadora Leonor.

Yo he visto, yo he tratado á Mr. y madama Denecker, y hasta me he paseado por el parque de su castillo con sus dos hermosos niños, con que Dios ha bendecido su union, y con Mr. de Ulierbecke, dichoso al fin en sus últimos dias.

Nunca se borraré de mi memoria el interesante cuadro de su dicha doméstica, cuadro impregnado de amor y de dulzura. El anciano sentado á la sombra del árbol que conocemos, jugando con la pequeña Adela, que monta sobre sus rodillas, ó con el gentil Isidoro, que

corre á caballo sobre su baston, es la representacion del verdadero patriarca de nuestros dias; y los jóvenes esposos, amándose mas á medida que los dias pasan, son el ejemplo de los buenos matrimonios, tan poco generales por desgracia.

No es preciso añadir cuál de los personajes que en ella figuran me ha contado la historia; basta con afirmar que he conocido á los que en ella juegan un papel principal, y aun que me he sentado á la mesa de Berta y su familia, honrados arrendadores de la granja, que contemplan con trasporte la dicha de sus amos.

FIN.

GABRIELA

POR

MAD. ANCELOT.

CADIZ: 1863.

*Imprenta de EL CONSTITUCIONAL, á
D. Ramon Macias, Puerto,*

GABRIELA

FOR

MAD. ANCELOT.

CADIZ: 1863.

Imprenta de EL CONSTITUCIONAL, d.
D. Ramon Macias, Puerto,